

ARROYO 910

TIEMPO TESTIGO



Embajada de Israel en Argentina



*En memoria de los caídos y mutilados en la calle Arroyo,
Buenos Aires, el 17 de Marzo de 1992.*

*El viaje más corto es aquél que atraviesa los años.
Aún no se apagó la luz. Se sacudió la casa, el muro se movió.
Y he aquí que ellos se hallan justos como vecinos.*

.....

*¿Envejecemos? ¿Cambiamos? Créeme, me quedan hasta mañana
horas tan pero tan largas.*

Lea Goldberg

A manera de presentación

17 de marzo de 1992. Atentado a la Embajada de Israel en Buenos Aires. Para muchos una fecha. Para otros, una lápida. O, quizás, un presente.

17 de marzo de 1993. Un año después y, como entonces, a la libertad de expresión y culto se oponen la libertad de miseria y miedo. La historia debe ayudarnos a presentar los hechos, bajo luz adecuada. No es tarea fácil.

Realizamos un esfuerzo en volver hacia el pasado que, de tan doloroso, nadie quiere remover. Otra vez los escombros se dibujan hojeando los diarios y fotografías. Restos ... desechos de lo que nunca debió haber sido, vuelven con desconsuelo y nostalgia.

Dónde estarán cada uno de esos rostros queridos? En qué rincón se detuvieron afanes y labores? Dónde quedaron las paredes que dieron, durante años, un marco de acción y pertenencia? ...

Los medios de comunicación ocuparon su lugar. Pero, quién seleccionó lo importante?. Cuáles fueron los criterios de urgencia? Cómo fue transmitida la información?. Distantemente de la austera objetivación de galaxias o átomos, los conocimientos que involucran a hombre y sociedad corren el riesgo de confundirse con ideologías, creencias y opiniones.

Hemos vuelto a revisar nuestras propias cenizas. Aún tenemos esa posibilidad. Cientos de mensajes se solidarizaron con nosotros, humanos entre los humanos.


Queremos, en estas páginas, dejar constancia qué fue, desde 1950 hasta 1990, la Embajada de Israel en la calle Arroyo. La vida y la destrucción. Recogemos algunos recortes de la prensa argentina que dieron testimonio del horror. Junto a ellos, opiniones de intelectuales y políticos "un año después". Y el decir de la gente común, aquella que se acercó y dejó su expresión, del que damos a conocer una selección. Esa intimidad del dolor nos merece máximo respeto.

Si el precio del derecho a la vida debe ser pagado, la muerte es un costo excesivo. Creemos en la libertad, pero el pasado no puede ser relegado al olvido.

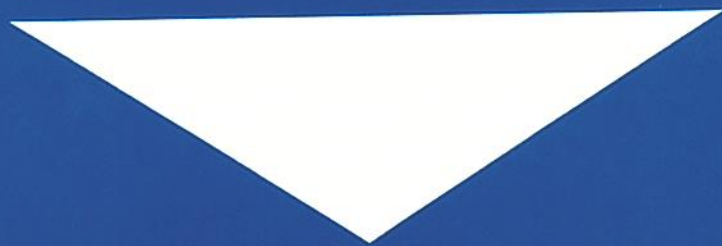
No hacemos nombres. Es una forma de respetar y recordar a hombres y mujeres, caídos, heridos y mutilados, en aras de la violencia.

No somos complacientes con aquellos que fabrican el consentimiento. Buscamos coherencia. La sociedad argentina dio su respuesta, frente a la abrumadora realidad, el 17 de marzo de 1992.

Un año después ... Si el logro más valioso del hombre es la vida, la atrocidad y el afán criminal destruye. Si dejamos de lado los principios éticos, morales y religiosos, que justifican los medios como fines, nos queda por delante la barbarie.

Y aún la civilización continúa siendo el reaseguro de la supervivencia humana en esta Tierra. 

Buenos Aires, Marzo de 1993



*Edificarás la patria con ciénagas,
la levantarás con desiertos.
Trabajaré contigo tu hermano,
cuya cara no has visto nunca.*

Jorge Luis Borges

Pequeña Historia de la Embajada de Israel en Buenos Aires

En mayo de 1949 fue izada, en Naciones Unidas, la bandera de Israel. El Estado Judío entraba en el concierto organizado de las naciones del mundo.

Y escribe Iaacov Tzur, Primer Embajador de Israel en Argentina en sus "Cartas Credenciales": "Nos instalamos en el Hotel Plaza donde hubimos de vivir hasta que se puso a nuestra disposición una vivienda (...) Y así, a los pocos días de nuestra llegada llegó el gran día de la presentación de credenciales. Desde la mañana flamearon las banderas de Israel en el hotel donde nos alojábamos y en la Casa Rosada (...) tratábase de la primera aparición de una representación diplomática de Israel en Buenos Aires y la comunidad entera se preparó para ese gran día. (...)

Pocos meses después de nuestra llegada a la Argentina, la Legación se mudó a su nueva casa.

(...) Se organizó un pequeño grupo de gente de la comunidad gracias a los cuales pudo adquirirse una hermosa casa, en pleno barrio diplomático, a poca distancia del Palacio San Martín, residencia de la Cancillería. La casa había pertenecido a un potentado de Buenos Aires, descendiente de una de esas familias que antes de la Primera Guerra Mundial solían viajar en el verano a Europa en vapores de lujo y llenar los

balnearios de moda de la costa francesa. Los días de grandeza de esas familias habían pasado y quien había vivido últimamente en la casa era un anciano solitario que tenía a su disposición un lujoso edificio, de tres pisos, en el cual la Legación de Israel se instaló a sus anchas. Se destinó un piso a las oficinas, un piso para recepciones y un tercero para residencia del ministro.



*"Publicado en Eretz Israel, 1950.
Por primera vez fue izada la bandera israelí
en el balcón del palacio de la Legación.*

Una vez adquirida la casa se acercó uno de los hermanos Mirelman a mi mujer, extrajo del bolsillo una libreta de cheques firmada y dijo: "Ahora salga a comprar los muebles para esta casa, y tengo plena confianza en su buen gusto. Cuando esta libreta se termine, pídamela otra. Sólo una condición pongo: que todo sea de lo mejor, no ahorre".

(...) día y noche golpearon los martillos y, en poco tiempo, la casa se alzó en todo su esplendor en la calle Arroyo 910, en vecindad de las Embajadas de Brasil y de Francia. En especial impresionaba la recepción, con sus pesadas arañas de

cristal que hoy ya no se fabrican, y hermosas alfombras que adquirimos de la embajada de Persia. Allí, en esta casa, que hasta el día de hoy se cuenta entre las más hermosas embajadas de Israel en el mundo entero, celebramos el segundo aniversario de la independencia de Israel.



Mundo Israelita
(Archivo fotográfico)

(...) Por la tarde tuvo lugar la apertura simbólica de las puertas de la Legación y el descubrimiento de la placa (...). Representantes de la Bené Berit encendieron velas en el enorme candelabro de bronce, reproducción del candelabro del Arco de Tito que adornaba el vestíbulo de entrada de la Legación y se izó la bandera sobre el techo del edificio.

(...) Pensé para mí: dos años pa-

saron desde la existencia del Estado. Dos años ya! Ese esplendoroso espectáculo de representantes de todas las naciones del mundo, bajo el raudal de luces. Solo habíamos salido del asedio, de los toneles de agua por las calles, del tronar de los obuses y el ruido estrepitoso de nuestra "Davidka". Dos años, sólo dos años. No sabía de que asombrarme más, del tiempo que transcurría tan rápido o de la distancia que habíamos alcanzado a cubrir. ✎

Algunos visitantes ilustres israelíes al primer edificio del Estado de Israel en el Continente Americano



Jaim Herzog, Presidente de Israel, en Buenos Aires



*Moshé Sharett, Canciller,
"creador" del Servicio Diplomático Israeli
(Archivo personal Gregorio Fainguersch)*



*Itzhak Rabin,
en Buenos Aires
(Archivo personal
Tobías Kamenszain)*

Golda Meir
(Archivo fotográfico del Centro de Documentación e Información
sobre judaísmo argentino "Marc Turkow" - A.M.I.A.
Comunidad de Buenos Aires)



Menajem Beguin en Arroyo 910
(Archivo personal Gregorio Fainguersch)



David Ben Gurión, en la Embajada de Israel, de la calle Arroyo,
(Archivo fotográfico del Centro de Documentación e Información sobre judaísmo argentino "Marc Turkow"
A.M.I.A. - Comunidad de Buenos Aires)





17 de MARZO de 1992

Todos somos judíos

Las bombas tienen siempre un lenguaje común, no importa de dónde vengan. Son como un monólogo prepotente, un discurso inapelable que termina invariablemente en la palabra muerte.

Las bombas hablan el mismo lenguaje en Belfast y en el país vasco, en un restaurante parisino y en una calle de Beirut; en un poblado peruano y en una aldea armenia. Cuando estallan, borran la geografía natural e instalan en su lugar una escenografía propia, un decorado angustioso de hierros retorcidos, escombros y sangre.

Mi memoria está repleta de estas postales de horror. Después de todo, nací en 1942, cuando el mundo era una persistente imagen de espanto. Mi generación creció tratando de comprender el sentido de palabras como Auschwitz e Hiroshima, de montañas de cadáveres raquíticos y seres quemados por la radiación, y abrazó con desesperación el humanismo tratando de hallar un rayo de cordura entre tanta demencia.

Ser judío en la Argentina no ha sido tarea fácil. No era sencillo adivinar qué cosa nos hacía diferentes del resto de los hijos de inmigrantes en una sociedad que aspiraba a forjar un hombre nuevo del crisol de razas. Pero las diferencias se dibujaban cada tanto, cuando uno comprendía que había gente en la Argentina que creía cumplir alguna misión divina difundiendo el odio hacia los judíos.

A esta altura de la historia, cuando despunta el siglo XXI y el imperio soviético se ha desplomado, cuando en la Argentina hemos visto pasar el infantilismo nacionalista de los tacuaras de la década del cincuenta; el fascismo de los gobiernos militares de la década del sesenta; y la pesadilla horrenda de las cárceles del Proceso en la década del setenta, uno no puede evitar sentir cierta fatiga ante la estupidez irremediable del antisemitismo.

Ya no vale ensayar explicaciones ni invocar textos papales tratando de mitigar



Editorial Perfil (Archivo fotográfico)



el odio de los que odian. No queda paciencia para sonreír resignadamente ante el comentario absurdo o aberrante cargado de prejuicios, ni tolerancia alguna para la gigantesca imbecilidad de los que creen que los judíos son de alguna manera mejores o peores que el resto de la especie.

Los ignorantes deberían alguna vez tener el coraje de asumir su profunda frustración y dejar de llamar aristocracia al resentimiento. Deberían hacer una profesión de fe y admitir en alguna ceremonia no demasiado complicada que se han pasado la vida endilgándole a negros, judíos, provincianos, coreanos o comunistas su propia e irreparable mediocridad. Porque escuchar a esta altura de las cosas a alguien culpar a los judíos como grupo de cualquier satrapía sólo sirve como síntoma de cuán enfermos estamos como sociedad.

Por eso, ayer por la tarde, cuando uno confrontaba las primeras imágenes del atentado a la Embajada de Israel, no podía evitar sentir esa mezcla

de horror y cansancio que se siente ante todo acto de violencia inútil.

Toda muerte deja invariablemente una lección, pero esta vez admito que la única que me ha sido posible adivinar entre el escalofrío punzante de escombros y dolor, es que tal vez haya llegado por fin el momento en que el antisemitismo deje de ser un problema judío y se convierta en el problema de toda la sociedad argentina.

Ayer, la sangre de judíos y no judíos se mezcló con la misma espantosa gratuidad por efecto de la infamia terrorista. La carne se desgarró en unos y en otros sin detenerse a diferenciar entre los credos. Los heridos, los golpeados, los atrapados en el derrumbe sintieron la misma cuota de terror y pánico.

Ayer no sólo se voló el edificio de la Embajada de Israel. Se voló un pedazo de nuestra ciudad y de nuestra dignidad. Se lastimó y se mató a nuestra gente. Ayer, nos guste o nos guste, todos fuimos judíos. *MD*

Mario Diamant
Director de "El Cronista Comercial", 18/3/92

Atentado

El atentado contra la Embajada de Israel en Buenos Aires ha conmocionado a todo el país. Un acontecimiento de esa naturaleza, que ocurre a plena luz del día y en una zona densamente poblada, sembrando muerte y terror en su contorno, no constituye, en absoluto, algo familiar en la vida de nuestra república. Lejos de ello, evoca situaciones excepcionales, pertenecientes a épocas que han quedado ya muy atrás en la memoria de los argentinos, como recuerdos penosos que nadie desea ver reeditados.

Esos cuadros de las llamaradas, las paredes derrumbadas y el destrozo general en todo un sector, con la desesperada extracción de los muertos, entre ayes de heridos ensangrentados, y el estupor pintado en todos los rostros, no parecía pertenecer a nuestro país, cuando lo iban registrando los camarógrafos de la televisión. Más bien evocaba escenas de esas naciones de Orien-

te que viven en perenne estado de guerra, cuyas fotografías suelen estremecernos en la información periodística diaria.

Frente al hecho consumado, la estupefacta ciudadanía se pregunta varias cosas. En primer lugar, cuál puede ser el proceso que ha conducido a un acto de esa criminalidad y violencia irracionales. Piénsese que tiene lugar en un país como el nuestro, que viene demostrando su intención irreversible de respetar todas las ideas, y de tratar todos los problemas mediante los cauces que marca ese sistema democrático en el cual vivimos y que, con todos sus defectos, es el que hemos elegido resueltamente como marco de nuestro destino.

Obviamente, ningún justificativo político o ideológico, de ninguna índole, podría esgrimirse para cohonestar tan lacerante acontecimiento. Ya ha tenido nuestra república su cuota más que suficiente de violencia en otros tiempos, y las crueles heridas que constituyeron su saldo integran la lección inolvidable de un tiempo que nadie quería volver a transitar, por ninguna causa. De allí que haya sido unánime el repudio por este atentado, de una punta a la otra del país entero.

Pero las cosas no pueden quedar allí. Que haya ocurrido algo de esa naturaleza está indicando algo que los argentinos ignorábamos. Es decir, que en nuestro territorio han podido organizarse y operar personas o grupos capaces de apelar a recursos de esa índole. La comprobación, obvio es decirlo, resulta por demás inquietante. Ante ella, el ciudadano inquiere también cuántos de estos sucesos podrán ocurrir de aquí en adelante, y cuál será el próximo blanco de quienes son capaces de demoler la mayor parte de un enorme edificio con explosivos, a la hora en que está lleno de gente, sin importarles las sangrientas consecuencias de su actitud.

Las lógicas preguntas si-





guen en tropel. Hay una lógica inquietud por saber quiénes son los responsables del atentado, así como quiénes los financian y cómo han logrado proveerse de los medios utilizados. También, es preciso saber lo que persiguen con su acto, y las vinculaciones o ramificaciones que el mismo tiene con otros aspectos y tendencias del terrorismo. A éstas y otras preguntas, solamente las puede responder el Estado, como responsable de la seguridad, tanto de sus ciudadanos, como de las representaciones diplomáticas existentes dentro del territorio nacional.

De allí que sea lícito reclamar una acción inmediata y diligente tendiente al esclarecimiento de este siniestro episodio, en profundidad y hacia todos los niveles de sus implicancias. Es una reparación que el país debe tanto a su ciudadanía, como al país cuya embajada ha sido blanco del atentado de marras: es una nación amiga, con la cual la República Argentina tiene una larga y antigua vinculación, que no debe desvirtuarse por acontecimientos tan lamentables como éste. Es de esperar que se obre, sin pérdida de tiempo, en esa dirección. ▀

El atentado contra la embajada de Israel

La opinión internacional, como las agrupaciones políticas locales, coincidieron en condenar el inhumano atentado, cuyos móviles podrían vincularse con el conflicto del Medio Oriente y con una escalada de violencia palestina contra Israel en todo el mundo: el estallido de ayer sigue, con pocas horas de diferencia, a otro acto de violencia similar contra la embajada israelí en Turquía.

El presidente de la Nación refirió anoche que la conversación que mantuvo con el jefe del gobierno de Israel y la información recibida del Departamento de Israel y la información recibida del Departamento de Estado norteamericano coinciden en señalar a un grupo terrorista propalestino, a cuyos integrantes calificó de "forajidos", como autor de la matanza de la calle Arroyo, y aseguró que los organismos correspondientes del Estado han recibido instrucciones para profundizar los dispositivos de seguridad y adoptar todas las medidas que contribuyan a esclarecer el sanginario atentado.

Si todo ha ocurrido como estos indicios iniciales lo revelan, la Argentina ha sido elegida en esta oportunidad como objetivo circunstancial del siniestro terrorismo cultivado por cierto fundamentalismo que ha esparcido por el mundo su propuesta de miedo y de muerte. El estallido de ayer llenó de estupor a una comunidad deseosa de vivir en paz y conmovió la sensibilidad colectiva, de la que no se han borrado todavía los dramáticos sucesos de los años 70, cuando la violencia irra-

cional era un afligente drama cotidiano.

Es necesario que el clima de convivencia entre los argentinos y todos los hombres que han venido del resto del mundo para habitarla según la invitación constitucional sea restablecido en los ánimos alterados por el episodio de ayer, y es menester que el Estado se esfuerce por mejorar la seguridad pública en cumplimiento de lo que es una de sus funciones esenciales e indelegables. Hay que conseguir, también, que la lamentable notoriedad que por culpas ajenas obtuvo ayer la Argentina en el mundo no deteriore la consideración internacional hacia nuestro país -otras naciones, entre las más avanzadas, padecen iguales o mayores problemas por la acción del terrorismo-, y para eso resulta imprescindible una estrecha cooperación, en todos los órdenes, para el esclarecimiento y el castigo de un hecho que la humanidad, ayer mismo, ya ha condenado. *LR*



© Marcelo Ranea

Otra vez, la barbarie

Como de tanto en tanto ocurre - aun cuando no con la misma frecuencia que se da en otros países, felizmente-, la ciudadanía argentina se ha visto conmovida por un nuevo acto de barbarie. Manos anónimas colocaron, ayer, un artefacto explosivo -cuya modalidad y características todavía se investigan- frente a la Embajada de Israel, en la ciudad de Buenos Aires, y la deflagración provocó por lo menos diez muertos, decenas de heridos y graves daños materiales. Este episodio, reprochable desde todos los ángulos de análisis, y que ilustra cabalmente sobre la criminalidad de los autores del atentado, aparece como una visión fantasmal del pasado. Y re-

quiere, por cierto, un esclarecimiento tan acabado como urgente.

Ciertamente, que personas o grupos de personas dispongan de explosivos del poder destructivo del utilizado, y que se hayan dado a la siniestra labor de atentar de este modo contra la vida de seres humanos, es algo que genera una considerable sensación de inseguridad en el conjunto de la población. De hecho, la ciudadanía argentina creía que las bombas, las autobombas y toda esa gama de artefactos concebidos para sembrar la desolación y la muerte, eran cosa del pasado. Y que, por ello mismo, no vería reeditada la incertidumbre y el temor que se derivaban del



© Marcelo Ranea

accionar de bandas de extraviados que, con el ropaje de distintos signos políticos o ideológicos, asolaban ciudades y pueblos en tiempos de oscura memoria.


Del mismo modo, podría decirse, a nadie se le ocurrió pensar que llegaría el tiempo en que bandas criminales, al mejor estilo de las engendradas por las poderosas pandillas del narcotráfico, se pudieran asentar en nuestro territorio con el designio de matar, destruir e intimidar a las autoridades y a la población en general.

Pero, por lo que se presenta a la vista, hay algún intento en ese sentido, que debe ser erradicado de cuajo. Más allá de que -como en este caso- se trate de la representación diplomática de un país que mantiene serios conflictos con pueblos vecinos, la acción alevosa de los autores de este atentado indica, como nota distintiva, el perfil de su irracionalidad y marginalidad criminal. Aunque, en realidad, los violentos no suelen necesitar mayores argumentos para justificar su proceder. Y van dejando su huella de alienación y desprecio por los demás, sin importarles nada de nada.

La sociedad argentina -está de más decirlo- se ve profundamente afectada por sucesos lamentables como el comentado. Y

cabe agregar, asimismo, que sólo se restablecerá la tranquilidad cuando sus responsables estén a buen recaudo. En consecuencia, el peso de la ley debe caer sobre quienes, por motivos ignorados -aunque seguramente incomprensibles, y desde toda perspectiva execrables, en tanto se sitúan en una posición de ataque frontal contra bienes y vidas-, parecen configurar un embrión de los tristemente mentados "sindicatos de la muerte", que tan ominoso significado tienen en las más variadas latitudes del planeta.

Es una obligación irrenunciable de toda la ciudadanía -y esto comprende al conjunto de la población, tanto como a las autoridades pertinentes- impedir el arraigo de estos elementos en el seno de la sociedad. Lo cual habrá de lograrse, entre otras cosas, cortando el paso a toda posibilidad de impunidad.

El país ha madurado, sin duda, luego de soportar con entereza tremendos embates de la violencia organizada. Lo suficiente, al menos, como para no tolerar reincidencias de aquellas formas que, cualquiera fuese su pretendida identificación o argumento, lucían el signo inconfundible de la desaprensión y la criminalidad. 



Voces

(...) En realidad le escribo por un impulso de mi corazón, dolorido, por todo el desastre que ha pasado entre seres humanos, este gran dolor de que en mi querida Patria Argentina, tierra de Paz, se haya causado este gran dolor a seres que, como los de la comunidad israelita, han sufrido persecuciones toda la vida.

Si de algo sirven mis palabras, mis lágrimas, recíbalas de una simple mujer argentina que, desde este rincón de mi Patria, le envía su apoyo (...) Pues cada mañana renace una nueva esperanza, y los seres queridos que regaron con su sangre nuestro suelo nos darán las fuerzas necesarias para seguir adelante, para Unirnos, de una vez por todas, en un solo Sentimiento Humano, para defendernos de esas alimañas, que no quieren a nadie, porque no se quieren ni a sí mismos (...)

A.E.R.
D.N.I. 1.008.765

Para enviar a los niños de Israel

Buenos Aires, 18 de marzo de 1992

Queridos amigos,

Nosotras somos alumnas de una escuela primaria argentina. Cursamos 5º grado.

Estamos apenados por lo que pasó en la embajada de Israel. Cuando llegamos a casa y nos enteramos de la mala noticia nos asustamos mucho.

Sabemos que se sienten muy mal porque lo que pasó fue una tragedia muy grande. Nosotras queremos ser sus amigas, aunque no estemos cerca.

Pero igual estamos juntos porque hay un solo cielo y una sola tierra.

Nos despedimos con un beso, y hasta siempre.

Escuela Nº 16 distrito 8
Capital

“Los alumnos de 5º año del Colegio Nacional de Cruz Alta (Córdoba) nos unimos a su profundo dolor y expresamos nuestro repudio por el lamentable hecho que conmovió al pueblo argentino.

Hacemos votos para que el respeto, el amor y la paz reinen en éste, nuestro querido país, y en el mundo entero.

Colegio Nacional
2189 Cruz Alta
Córdoba

(...) Obviamente que al leer el remitente con mi nombre, de ninguna manera le será familiar, razón por la cual paso, de inmediato a identificarme. Soy una ciudadana más de esta hermosa Argentina, quien al igual que millones, me sentí herida en las fibras más íntimas, aquella nefasta tarde de marzo cuando, rozando lo inaudito, la violencia se instalaba -una vez más- en el país, con el macabro atentado a vuestra Embajada.

Muy lejos está en mi ánimo el traer a su memoria amargos recuerdos, más bien es mi sincero deseo hacerle llegar una reflexión acerca de ese tipo de actitudes, basadas en la vileza, en la enfermiza insistencia de fijar cobardemente el antagonismo y cuyas consecuencias siempre han sido funestas, gravísimas. Además, quiero compartir el sentimiento por la pérdida de seres tan allegados a su persona. Nosotros, la gente de bien, sabemos perfectamente que ninguna represión, por más brutal que sea, podrá ahogar el deseo de libertad y justicia. Aquellos que cometieron semejante acto, seres engreídos y combativos, nunca comprenderán que el diálogo y el compartir, son reacciones más cercanas que las que provocan el odio. Ellos no conocen otra cosa que no sea el drama más grande de toda la humanidad que es el desamor (...).

D.B. de A
Córdoba

Ante el inicuo, cobarde y repudiable atentado que sufrieron en el día de hoy la Embajada y el Estado de Israel, le hago llegar mis más profundos sentimientos de pesar y mi total solidaridad.

Desde ya, quedo a su disposición para trabajar y brindarle mi formal apoyo para lo que Ud. o las autoridades israelíes dispongan, ahora o en el futuro.

Dr. M.J.M.

De mi consideración

Lo vi la otra noche en "Fuego Cruzado" y no quiero quedarme con las ganas de decirle esto, el día del atentado yo me sentí personalmente involucrada, atacada, recuerdo que la primer frase que dije fue: "¿por qué nos hacen esto?".

Lo sucedido es un crimen contra la humanidad, y todos los que nos consideramos parte de ella, hemos sido afectados.

No puedo expresarle en palabras la magnitud de mi pena. Con todo el afecto del mundo, lo abrazo con el corazón.

A.M.
D.N.I. 10.401.416

El horror debe reforzar la decisión argentina de luchar para vivir en paz

La indignación primero y luego el espanto, en la medida en que fueron trascendiendo las características del atentado, fueron las emociones predominantes en los argentinos, golpeados ayer a media tarde por la noticia del estallido en la Embajada de Israel. Con verdadera consternación la población pudo contemplar, mediante la televisión, la magnitud de la destrucción que puede detonar el odio irracional en una fracción de segundo. Más de un centenar de heridos y un número de muertos aún indeterminado en virtud de la gravedad del es-

tado de algunas de las víctimas. Y un panorama de desolación que excedió con mucho los límites del presunto objetivo, ya que arruinó viviendas, un colegio y prácticamente todo lo existente en un extenso radio a partir del núcleo de la explosión.

La violencia se desencadenó, como se dice anteriormente, en una fracción de segundo. Pero necesitó seguramente una larga cadena de pasos previos. El atentado, de una violencia tal como no se conoció en el país ni siquiera en pleno auge de los grupos terroristas, no pudo brotar de la improvisación. Fue necesario un proceso de organización y una estructura que lo ejecutara. Un grupo de extremistas provisto de los conocimientos para prepararlo y empapado de rencor no solo contra lo que constituyó el blanco central de la agresión, sino contra el género humano en conjunto, ya que no reparó siquiera en el colegio que funcionaba frente al edificio de la Embajada, donde resultaron heridos varios niños.

Ante una emergencia de este carácter, la comunidad debe reaccionar enérgicamente en defensa de su propia existencia. No se trata solamente de realizar la exhaustiva investigación, la detección y condena de los responsables, ni de cumplir con la indispensable revisión de los mecanismos de resguardo contra la posibilidad de que sucesos como éste se produzcan, mecanismos que, obviamente, no han respondido a lo que de ellos se espera. Es necesario también que se fortalezca el espíritu de rechazo a toda actitud que implique el fomento de enfrentamientos enconados entre los ciudadanos, fundados en razones raciales, religiosas, sociales o ideológicas; el destierro de toda prédica que preconice la violen-


© Marcelo Ranea



cia como forma de solventar las discrepancias.

Es indispensable asimismo que se establezcan los vínculos necesarios con todas las naciones que en el Mundo adhieran al concepto de Estado de Derecho, para combatir en todos los terrenos a los restos, lamentablemente aún vivos, de las bandas asesinas del terrorismo internacional.

Se trata -como siempre se trató- de una lucha mortal, así lo demostró lo ocurrido ayer, de la razón contra quienes esgrimen la destrucción como único argumento. Por algún tiempo, y a despecho de episodios

que pudieron quebrarla, se ha mantenido la paz recuperada desde la renovada vigencia de las instituciones. Pero la realidad mundial y, ahora, también la nuestra, demuestran que es necesario mantenerse permanentemente en guardia y dispuestos para rechazar con la máxima firmeza y severidad todos los ataques y -más aún- toda intención de reconstruir en el territorio nacional núcleos signados por el sectarismo extremista. El dolor, la indignación y el espanto producidos por el ataque contra la Embajada israelí, deben servir para galvanizar la decisión de los argentinos de luchar en todos los frentes para ganar la paz. 



© Marcelo Ranea

El Día, La Plata, 18/3/92

"Justicia, no venganza"

Este es un momento donde tomo conciencia del vacío de las palabras: dolor, muerte, miedo, salvajismo, a partir del martes 17, deberían tener otro significado.

Es casi inútil rescatar sentimientos cuando el silencio de la muerte se abate, una vez más, sobre nuestros corazones.

Es probable que no tengamos respuestas ya que la pregunta, el terrible por qué?, es más fuerte que cualquier expresión de repudio, que cualquier intento de explicación al odio ciego, frente a la irracionalidad.

Murieron víctimas inocentes: transeúntes, obreros, ancianos, un sacerdote, nuestro personal, nuestros amigos, parte de nuestras familias. Y aún se sigue en la búsqueda: una búsqueda que tiene un sentido totalizador: el hombre sigue buscando al hombre.

Más allá del invaluable gesto de la sociedad argentina, quiero destacar el papel del voluntario, unido al bombero, policía, personal de Defensa Civil, médicos, enfermeros ... y también al que simplemente se acercó al vallado a decir una oración y rogar por su salvación.

Todos ustedes, hombres todos, están muy cerca de nuestros corazones. Y, en medio de tantos y tantos interrogantes, algunas cosas me han quedado claras: el pueblo judío no necesitaba demostrar su unidad. Cada uno es responsable por todos, y, esto, una vez más, ha quedado reflejado en la solidaridad de esta hora de angustia y dolor generalizado.

Buscamos la paz. No es terreno común decirlo en medio de esta hecatombe.

Buscamos justicia, no venganza. Esto como todo crimen de lesa humanidad tiene sus responsables. Y no dejaremos que queden impunes.

Buscamos comprensión: cuando los acontecimientos superan nuestras fantasías debemos asirnos a la fe; fe inquebrantable de valores primeros: el hombre y su capacidad creadora por

© Marcelo Ranea



Me he preguntado, a lo largo de estas infinitas horas, cuales son los términos más adecuados para dar sosiego y paz, una paz que se torna casi imposible cuando se debe consolar a padres, hijos, hermanos, amigos ... todos.

Hoy, a la madrugada, acompañando dos ataúdes marcharon ocho huérfanos hacia Israel. Muy probablemente ellos, por sus edades, nunca alcanzan a comprender lo que el hombre es capaz de hacer a otros hombres. Si sabrán que ya sus madres no estarán esperándolos a la vuelta de sus escuelas, ni compartiendo sus pesares y alegrías. Todos somos responsables en el hoy y en el futuro de estas criaturas.


encima de los prejuicios, la discriminación, la persecución y el odio.

Las puertas de la Embajada de Israel en Argentina continúan abiertas. No se han cerrado ni aún cuando el estruendo conmovió sus más íntimas estructuras. La Embajada de Israel es mucho más que una dirección física.

La sociedad toda demuestra que cada

uno sufre los mismos dolores y condena los mismos hechos.

Este atropello salvaje nos ha herido en nuestra condición de humanos. Y tenemos conciencia de que hay una labor por hacer.

Ese es nuestro compromiso con los que hoy no están. Esa es nuestra lucha hacia el porvenir. 



© Marcelo Ranea

Palabras pronunciadas por el Sr. Itzhak Shefi,
Embajador de Israel en Argentina, el 19 de marzo de 1992

Lesas humanidad



La irracionalidad y la crueldad extrema del terrorismo, que es moneda corriente en algunas situaciones de conflicto en otras áreas del mundo, irrumpieron con terrible contundencia en nuestro país. Los argentinos estamos todavía atónitos contando los muertos, heridos y desaparecidos por el estallido de una carga explosiva que arrasó con la Embajada de Israel en nuestra Capital y que afectó a edificios vecinos, entre los que se cuentan un colegio y un asilo de ancianos.

Esa irracionalidad y esa crueldad extrema superan e invalidan las argumentaciones políticas o pretendidas justificaciones estratégicas de una acción donde pierden la vida tantos inocentes y donde se autoinmola el perpetrador. Ni aun la ley del Talión, que tanto las creencias religiosas cuanto la evolución de los principios jurídicos han eliminado de la civilización moderna, podría invocarse para explicar un atentado que sembró muerte y destrucción a mansalva, indiscriminadamente.

Un grupo fundamentalista islámico de conocida trayectoria en el Líbano asumió la responsabilidad de lo sucedido, con perturbador e inadmisiblemente orgullo. Lejos de la situación en que tal respuesta a un agravio bélico fue pensada y proyectada, en esta tierra abierta a todos los hombres y mujeres del mundo, que quieran habitarla, sobrepasadas dolorosas experiencias de violencia y desencuentro entre argentinos, hoy nos sumimos en estupor e indignación por esta calamidad que nos desgarró mientras el país transita por caminos democráticos y pacíficos.

El terrible acontecimiento mereció condena y repulsa unánimes. Pero también es oportuno que nos interroguemos, previsoramente, sobre las sen-

das que conducen a semejantes extravíos. En algunos lugares de nuestro subcontinente crepitan las llamas de la violencia que pueden desatar vastos incendios. En su origen están la marginalidad, la pobreza, la discriminación. Estos males propios del subdesarrollo y la involución están presentes también en otros puntos del globo, donde se entrecruzan con viejas o nuevas diferencias nacionales, religiosas y étnicas para dar lugar a conflictos interminables, que fueron atizados en su momento por las alternativas de la guerra fría y que hoy tampoco dejan de lado el juego de intereses externos.

El problema de Oriente Medio solamente se podrá resolver en forma estable y equitativa mediante acuerdos que permitan a todos los pueblos del área convivir en paz, con tierra para todos y progreso económico y social para todos. Para lograr tales objetivos no son instrumentos útiles y eficientes el terror indiscriminado, la violencia ciega ni la destrucción metódica. Estas prácticas abren caminos sin retorno, alejando las soluciones y recrudeciendo los enconos, multiplicando las ocasiones de enfrentamiento y muerte.

Es innegable que la organización que se arrogó la autoría del infame e infamante atentado perpetrado en nuestra Capital está internada en esa senda terrible. No es nuestro propósito ni nuestra obligación presentes evaluar las causas que allí la condujeron. Debemos, en cambio, exaltar los principios de fraternidad, libertad y justicia que estuvieron en el origen histórico de nuestra Nación, junto a sus hermanas del continente y reivindicar el derecho a vivir de acuerdo a los valores resultantes, sin interferencias tan impropias y tan desgarradoras, ajenas a nuestro sentir y nuestro estilo de convivencia.

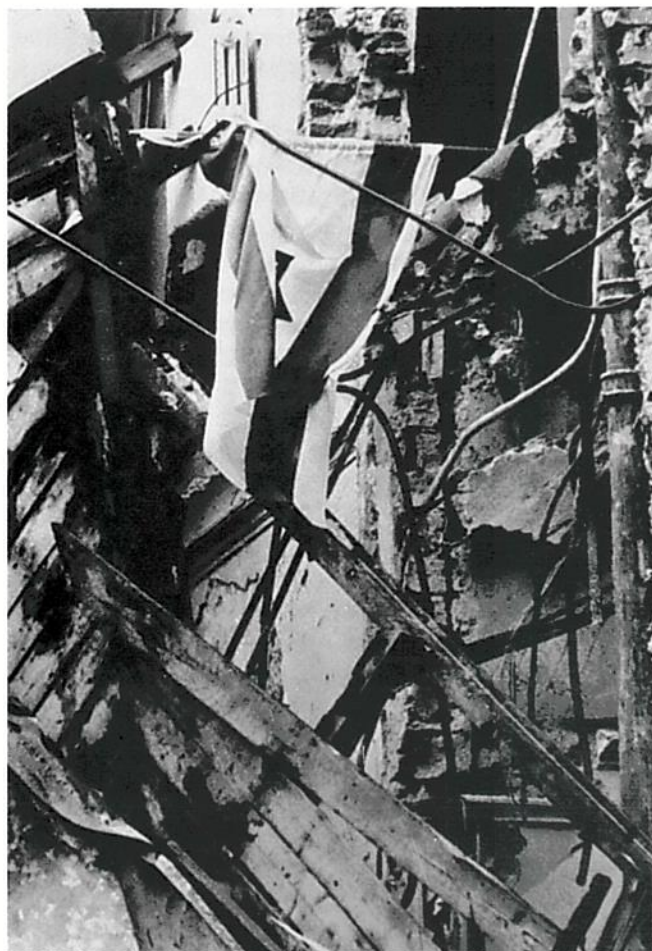
¿Quién podrá reparar ahora la muerte atroz de ancianos y niños, la mutilación irreversible de tantos semejantes? ¿Qué culpa tenían ellos? Estas preguntas son por cierto pertinentes para juzgar lo sucedido, pero tampoco cierran el tema. Junto al escándalo ético se ha producido también la violación de nuestra soberanía.

La República Argentina mantiene con el Estado de Israel tradicionales relaciones amistosas, como con otros países de Oriente Medio, y propugna la solución de sus diferencias por medios pacíficos. La embajada de cada uno de ellos es para nosotros terreno inviolable. Al atentarse contra la sede diplomática israelí se ha cometido, pues, una afrenta inexcusable contra nuestra

Nación, sus deberes de hospitalidad y sus compromisos internacionales.

También se ha sumido en el luto y el dolor a decenas de hogares argentinos, entre ellos a muchos de la colectividad judía, una de las distintas fuentes de enriquecimiento y formación de nuestra nacionalidad. Han sido agredidos por lo tanto, como ya dijimos, principios e instituciones, valores fundacionales de lo argentino. Para esto no hay perdón posible.

Ante el delito estricto queda la Justicia, que debe actuar con rapidez y eficacia, sin ánimo de venganza pero con todo el rigor que un crimen nefasto, de lesa humanidad, exige. *LS*



La Nación
(Archivo fotográfico)

Clarín - 19/3/92

¿Todos somos judíos?

Al menos tres de mis amigos -ninguno de ellos antisemita; dos, judíos- se preguntaron por qué el atentado de un grupo árabe alucinado contra la Embajada de Israel debía generar en todos nosotros una solidaridad especial con las víctimas de ese preciso ataque terrorista.

Las observaciones giraban en torno de este razonamiento: "Un grupo de estadounidenses fanáticos, denominados 'Los Vengadores de Pearl Harbor', demuele la Embajada de Japón. ¿Todos somos japoneses?". Los ejemplos, en esa secuencia, eran obvios.

La perversa masacre que barrió con la Embajada de Israel, y que produjo víctimas judías y cristianas, está inscripta, sin duda, en el marco del conflicto del Medio Oriente. Pero el dato inseparable y esencial es que el antisemitismo existe.

Un musulmán alucinado, o mercenario, o delirante, intentó hace unos años matar a Juan Pablo II. Está claro que los musulmanes no tienen ninguna culpa por un hecho aislado de esa naturaleza y, como es natural, nadie los culpó de ello. ¿Y si el loco, o conjurado, lo que se quiera, hubiera sido un judío? ¿Si hubiera formado parte de un grupo judío?

Es seguro que, en ese caso, en todo el mundo hubieran sido destrozados los cristales de los negocios judíos, se hubiera aporreado a los hebreos más visibles, posiblemente se hubiera matado a personas inconfundibles, con sus atuendos ortodoxos, por absolutamente ajenas al hecho que hubieran estado. Por cierto, la historia ya ocurrió y la absurda teoría del deicidio fue uno de los pilares de veinte siglos de asesinatos, de hogueras, de persecuciones increíbles extendidas aun a quienes ni siquiera sabían que eran israelitas.

Jesús fue judío, su madre era judía, los apóstoles y todos sus primeros discípulos eran judíos. Gran parte de los primitivos cristianos pertenecían al pueblo judío, como no podía haber sido de otra manera. Un sector de ese pueblo siguió a Jesús, lo recibió con palmas en el Domingo de Ramos; otro, que no creía que fuera Dios se opuso a su prédica y terminó prefiriendo que el suplicio típicamente romano de la cruz lo tuviera a él como víctima, en lugar de Barrabás. En esos tiempos no se realizan encuestas, pero es evidente que muchos hebreos -los primeros segui-



© Marcelo Ranea

dores de Jesús- sembraron la semilla indispensable para el fermento del cristianismo. Con el pretexto de que otros habían dejado que los soldados romanos, paganos, lo mataran, se asesinó casi sin cesar durante los veinte siglos siguientes.

Jesús era el Mesías, pero quienes se oponían a él no creían que así fuera. Y hasta Pedro, la piedra sobre la que se edificó la Iglesia, vaciló y lo negó tres veces, según narran los Evangelios.


Las historias posteriores son interminables. La muerte del embajador alemán en París, a manos de un adolescente judío, provocó la noche de los cristales rotos. Y los hechos eventuales son infinitos. Si un judío hubiera matado a Kennedy o a Eva Perón o a Carlos Gardel, por razones lógicas o ilógicas, casuales o no ¿sería solamente ese judío el culpable?

Una novela de ciencia ficción puede mostrar, en efecto, a un grupo de psicóticos americanos buscando vengarse de los japoneses. ¿Sería igual si un grupo de judíos - o uno solamente- atentara contra la embajada alemana? ¿Y contra la española, en recuerdo de la Inquisición?

La sociedad argentina tuvo una reacción aceptable frente al terrible crimen de la calle Arroyo, aunque no faltaron quienes repitieran increíblemente, el acto fallido de un inolvidable ministro francés, diciendo que no solamente murieron judíos, sino también inocentes.

Existió un extendido, calmo, sentimiento de solidaridad humana y la gente coincidió en que la verdadera culpabilidad era de los asesinos, no de los muertos. Por lo demás, nadie, afortunadamente, enloqueció ni generó víctimas de otras comunidades. Todo fue razonable, sin estridencias.

¿Cómo no advertir que el tratamiento del tema fue deferente pero diferente? ¿Cómo no percibir que, para algunos, el hecho de que la Embajada atacada fuera la israelí era un atenuante?

Sin saber qué hacer, posiblemente con buena voluntad, en algunos canales de televisión se pidió un minuto de silencio en homenaje a las víctimas. Lo que ha sobrado, en forma estremecedora y terrible, frente a las bestias antisemitas, ha sido siempre el silencio. 


Lo peor y lo mejor

Una de las imágenes más extraordinarias que haya podido verse como secuela de la explosión que arrasó con la Embajada de Israel esta semana ha sido la maravillosa respuesta de todos sectores de la sociedad argentina para ayudar en cuanto fuese posible. Los servicios de emergencia se vieron virtualmente inundados de voluntarios de todos los estratos sociales, hombres y mujeres que simplemente se presentaban en el lugar y en muchos casos comenzaban a cavar con manos desnudas a través de las toneladas de escombros, en busca de sobrevivientes. Empresarios donaban herramientas para realizar la tarea, médicos y enfermeras atendían emergencias en hospitales, amas de casa brindaban alimentos y bebidas a dotaciones de rescate trabajando sin horario, hombres y mujeres anónimos se adelantaban y simplemente colaboraban donde fuera necesario. En medio del peor atentado terrorista sufrido en el país, lo mejor del pueblo argentino fue visto en acción. Nunca se había necesitado tanto de la solidaridad, y nunca fue brindada en forma tan espontánea.



Buenos Aires Herald - 21/3/92

Mucho se ha dicho acerca de la actuación de los tan exigidos servicios de emergencia en este episodio. Los críticos se han quejado de falta de conducción y medios al igual que demoras para responder a la emergencia, a pesar de que, frente a una catástrofe tal, los servicios de emergencia evidentemente se veían enfrentados a una labor casi imposible. Hubo, por supuesto, errores -básicamente por falta de experiencia- y espacio para mejorar todo considerablemente, pero no cabe duda de que en general la labor de la policía, los bomberos y las ambulancias fue extraordinaria dadas las circunstancias extremadamente difíciles enfrentadas. Esto no significa que en el operativo rescate no hubiesen fallas o que no se podrían haber evitado errores, sólo que, tras lo que sin duda fue una imprevisible catástrofe en mayor escala, los servicios de emergencia cumplieron mucho más allá de lo normalmente exigido.

El papel del hombre de la calle que apareció en el lugar para ofrecer sus servicios voluntarios, donar equipos o marchar en repudio de este horrendo acto de terrorismo es digno de ser señalado como el de héroe anónimo de esta tragedia. Nadie sabrá nunca exactamente cuánto tiempo, esfuerzo y sacrificio aportaron de hecho miles de ciudadanos sin nombre de todas las edades, estratos, credos y ocupación a fin de ayudar en estos momentos de necesidad. Su colaboración sin duda ha sido decisiva para mitigar los corolarios de la explosión, y por ello la sociedad toda puede estar agradecida. En los días y semanas por venir, cuando el catálogo todo de las consecuencias más salientes de este atentado criminal debe ser cumplimentado, los servicios profesionales probablemente seguirán necesitando la ayuda de la sociedad argentina toda, y a partir del ejemplo de esta última semana, poca duda cabe de que nuevamente será brindada con generosidad. 

Semblanza de la Bestia

Entonces vi surgir del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas .. Era semejante a una pantera; sus pies eran como los de un oso y su boca como la de un león. El dragón le dio su poder y su trono con un gran imperio ... le fue dada una boca que profería palabras arrogantes y blasfemas y le fue dado poder de hacerlo ... le fue dado hacer la guerra y vencerla ..."

(Apocalipsis, Juan, Cap. XIV, Vers. 13).

Sí, lo peor en estos casos es que la Bestia o la gente de la Bestia (que es lo mismo) suelen aparecer victoriosos por esa real impunidad que otorgan la sorpresa y el anonimato de los atentados. Y aunque todos sabemos, en teoría, que tarde o temprano serán devorados por sus propias maquinaciones y vivirán ocultos como ratas para huir de códigos como el suyo, eso no basta.

En este primer momento el dolor y la impotencia parecen primar por sobre todo otro sentimiento, pero también, si podemos, es útil plantearse algunas preguntas, por ejemplo: ¿cómo son esos asesinos que circulan entre nosotros y a la luz del día? ¿Cuáles sus historias de vida?

Por ejemplo, ¿cómo habrá sido la niñez de Heinrich Himmler, jefe de los SS? Dicen que, cuando volvía a la casa, luego de asegurarse el implacable funcionamiento de los campos de exterminio, ponía especial cuidado en quitarse las botas para no despertar a los canarios que dormían en el comedor.

¿Cómo eran los vecinos de la familia Frank que denunciaron la presencia de Ana y los suyos en la buhardilla de Prinsengracht? Seguramente comían en familia, y para Navidad, se deseaban felices fiestas.

Estamos cansados de ver en el cine o de leer en John Le Carré y cía. que el terrorista es también un lobo solitario que sólo vive a través del fanatismo de la misión cumplida. Y la diferencia entre hombres y

mujeres no es demasiado grande. En la tienda del horror hay de todo y para distintos gustos.

Mientras escribo estas líneas trato de suponer la información de la que dispondremos el domingo. Y no extrañaría que el cable noticioso que veo en pantalla y que habla de dos mujeres de la Baader Meinhoff pueda ser confirmado.

Pero de esto se están ocupando seguramente muy bien los expertos. Nosotros volvemos a la semblanza de la Bestia. A su mirada, por ejemplo. Yo no imaginaria la de un fanático. No me creo lo de los carbones ardientes porque no le conviene a nadie. Ni a la organización ni a su propietario.


Nuestra pequeña y atroz experiencia nos ha confirmado que, cuando hemos podido observar a un torturador o a un asesino, nunca hemos podido olvidar ciertos detalles: mirada bloqueada como cuando la palabra es confusa y difícil; una frialdad absoluta y un dominio total de la situación o bien simpatía y llaneza cotidianas. Y estos últimos son generalmente iguales a todo el mundo. Y lo que es peor, listos para "trabajar" para quien aparezca como el jefe de turno.

Es difícil que esta gente pase de la cincuentena. No es una profesión en la que los brazos ejecutores lleguen a jubilarse. Como decíamos al comienzo, tarde o temprano son devorados por sus propios mecanismos violentos. Los jefes, en cambio, pueden enve-

jecer amorosamente rodeados de sus familias.

Pero si alguno de ellos, por ejemplo, sobrevive a sus noches de espanto pobladas por los gritos de sus víctimas y se vuelve amante de lecturas selectas (y algunos hasta sólo leen obras religiosas), me atrevería a recomendarles que, también en Juan (Apocalipsis, Cap. VIII, Vers. 7), hay un párrafo reconfortante: "... vi aparecer una gran multitud que nadie podía contar. De toda nación, tribu, pueblo y lengua. Estaban en pie delante de Dios vestidos con vestiduras blancas y con palmas en

sus manos ... Uno de los ancianos me dijo: "estos son los que vienen de la gran tribulación y han lavado sus vestiduras y las han blanqueado en la sangre del Cordero ... Ellos ya no tendrán más hambre ni sed; no los agobiará más el sol ni el fuego. Un ángel será su pastor y los conducirá a las fuentes de las aguas de la vida ..."

Recomiendo entonces a la Bestia o a la gente de la Bestia (que es lo mismo) leer este párrafo atentamente. Porque ELLOS nunca jamás integrarán esa multitud. 



Clarín
(Archivo fotográfico)

Magdalena Ruiz Guiñazú
Noticias, 22/3/92

La perversión

El martes 17 de marzo no se derrumbó, solamente, la sede de la Embajada del Estado de Israel: en cada uno de nosotros, se derrumbó algo de la esperanza, de paz, de racionalidad, de convivencia.

Los autores del atentado pertenecen al mismo tipo de perversos que idearon las cámaras de gas, o el archipiélago Gulag, o la masacre de ibos en Biafra. Fascistas de derecha, terroristas alucinados de grupos árabes, cualquier combinación pensable entre esas especies, no comparten los valores humanos: ninguna vida vale nada frente a ellos, fundamentalistas o fanáticos, quizás simplemente psicópatas.

Los psicóticos -los locos, en el lenguaje corriente- son perturbados mentales que se han disociado de la realidad: las alucinaciones marcan, según muchos autores, el pasaje a la psicosis. Pero los psicóticos suelen sentirse muchas veces culpables: en el caso de los depresivos, ese sentimiento de culpabilidad puede convertirse en atronador, llevar al suicidio.

Los psicópatas son seres antisociales, fríamente calculadores, capaces de elaborar cuidadosamente planes, pero que operan dentro de una realidad, contra los otros hombres. Hitler es un ejemplo de psicópata.

La característica de los psicópatas es que carecen de todo sentimiento de culpabilidad: suelen creerse salvadores, luchadores heroicos, justicieros. Las sectas de fanáticos que pueden planear atentados como el perpetrado contra la Embajada de Israel son psicópatas, grandes odiadores, preparadores de la Muerte.

Y, después de ocho años de democracia, la muerte se ha reinstalado en la Argen-

tina. La masacre no es simplemente un crimen horroroso, sino que constituye un desafío y una instigación, una declaración de guerra.



© Marcelo Ranea

Los asesinos no son meramente antisemitas y hasta es un símbolo que hayan muerto judíos y no judíos, civiles y policías, ancianos y niños, hombres y mujeres. El Gobierno debe hacerse cargo de la provocación, terminar con la panfletería del odio, limpiar a sus propios cuadros de cómplices espirituales de los odiadores, de los matadores. Debe cuidar los propios medios de comunicación que maneja: en uno de ellos, aprovechando la ausencia por enfermedad del director, una locutora pudo destilar una insidia terrorista al esbozar la posibilidad de que la misma Embajada de Israel tuviera la culpa del atentado, de que las víctimas son los asesinos, en coincidencia con la acción psicológica desatada, desde el primer momento, por los admiradores nostálgicos de las dictaduras. 

Redacción, Marzo, 1992

Embajada de Israel: La casa cayó, pero el Hogar quedó

La Embajada de Israel se ha constituido, con el correr de los años, en un verdadero hogar para los judíos de la Argentina y para todas las personas que han tenido la suerte de conocer a los que allí trabajaban, desde diplomáticos hasta empleados y colaboradores.


Si bien podemos considerar "casa" a la construcción, a la parte edificada, al espacio físico que habita una familia, la categoría de "hogar" está dada por la calidez humana y la calidez de la gente que lo habita.

Más allá de la edificación que albergó hasta hace poco a la Embajada de Israel, esta representación diplomática se había constituido en un verdadero Hogar, desde todo punto de vista, espiritual, intelectual, nacional y afectivo también.

Todos los que traspusieron sus puertas encontraron dentro la amabilidad y corrección del personal que allí se desempeñaba, notándose un comportamiento dirigido al cumplimiento de sus obligaciones con amor y verdadera dedicación.

Siempre el que allí entró pudo encontrar adecuada respuesta a sus inquietudes gracias al afecto y a la vocación puesta de manifiesto desde el ejemplo brindado por los Embajadores, hasta sus más modestos colaboradores.

En realidad, la Embajada de Israel, es un trozo, una pequeña parte del querido Estado de Israel, y una muestra viviente y válida de cómo se considera a los seres humanos en Israel. El atentado en principio fue dirigido contra el Estado de Israel y puso al desnudo de una manera criminal y violenta lo que los fundamentalistas quieren hacer con Israel.

También el atentado tuvo como objetivo tratar de cortar los vínculos de la Embajada con todos aquellos que están ligados raigalmente a su destino. Pero se equivocaron. A lo sumo pudieron derribar el edificio, la casa a secas, la que finalmente puede ser reconstruida. Toda la hermosa gama de relaciones, vínculos, afectos, vivencias, experiencias, no los pudieron destruir y eventualmente, no los van a poder destruir. Este es el sentido del título que encabeza esta nota: La casa cayó, pero el HOGAR quedó. 

© Marcelo Ranea



La Luz - 27/3/92

Globalismo más Pluralismo más Utopía

Luego del derrumbe del Muro de Berlín hubo quienes se apresuraron a celebrar el fin de la Guerra Fría, la derrota del comunismo y el advenimiento de un "nuevo orden mundial". Hubo además quienes, en un exceso de entusiasmo, hablaron del "estallido de la paz" y de sus sabrosos dividendos, sin ahorrar palabras despectivas para quienes dudábamos que la pírrica victoria de los Estados Unidos sobre la Unión Soviética hubiera de inaugurar una nueva era de paz y seguridad internacional. Eran muchos los indicios que revelaban las frágiles bases sobre las cuales se asentaban esas ilusiones. Mencionemos apenas los más importantes: proliferación de armamentos de destrucción masiva en manos de gobiernos irresponsables, creciente desigualdad entre las naciones, generalización de la pobreza tanto en el Sur como en "bolsones" cada vez más voluminosos dentro del mundo desarrollado, los intereses de una industria militar que mueve miles de millones de dólares por día y para la cual la paz es un pésimo negocio y, last but not least, la pertinaz presencia de fundamentalismos de distinto tipo que plantean gravísimas amenazas a la comunidad universal.

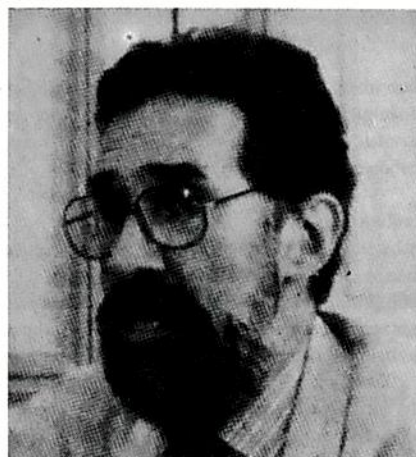
El estallido de la Guerra del Golfo dio por tierra con estas ilusiones, entre nosotros, el criminal atentado contra la Embajada de Israel no hizo sino ratificar mucho más de cerca los horrores vívidamente difundidos por la TV durante la guerra. Entre ambos acontecimientos, el derrumbe de Yugoslavia dio origen a una cruenta guerra, la primera que se libra en territorio europeo desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Las fuerzas que se oponen a la paz, la tolerancia y la convivencia son muchas y muy poderosas. La retórica del "nuevo orden mundial" alentada con tanta insisten-

cia por el presidente Bush, conduce a una

subestimación de los factores y tendencias que tanto dentro de los países como en el seno del sistema internacional no están dispuestos a admitir la existencia de un mundo plural. Y, junto con el globalismo, el pluralismo es uno de los signos distintivos de nuestra época. Globalismo, porque el mundo se ha empequeñecido, y los procesos locales más remotos están llamados a repercutir sobre escenarios muy alejados.


No sólo la economía se ha "globalizado"; también la política y, junto a ella, su degeneración: el terrorismo.

Pero el globalismo al cual estamos fatalmente condenados, nos guste o no, sólo puede convivir con la libertad y la igualdad si se funda en un auténtico pluralismo. Este es un imperativo inexorable, porque la humanidad tiene una diversidad que constituye, al mismo tiempo, su riqueza más imperecedera pero también, para muchos, su amenaza más permanente. La multiplicidad de naciones, razas, etnias, culturas, lenguas, religiones, creencias, modos de vida es lo que hace de la sociedad humana un manantial de inigualable fecundidad. Pero la resistencia de los fundamentalismos a esta diversidad inherente a la sociedad humana constituye una secular amenaza que en estos tiempos ha adquirido una virulencia pocas veces vista. ¿Por qué? Simplemente, porque el aislamiento en que los hombres vivían antes del advenimiento de esta situación de interdependencia y globalización les ahorra, a los espíritus sec-



tarios, los costos de una convivencia que ahora es obligada e inexorable. Estamos forzados a convivir en un planeta que es cada vez más pequeño, en el cual las comunicaciones son cada vez más veloces y en donde las distancias han desaparecido casi por completo. Ante este surgimiento, por primera vez en la historia, de una civilización universal, de una sociedad mundial, el fundamentalismo se inscribe como una respuesta patológica y recalcitrante. Se resiste a convivir con la diferencia y enarbola los estandartes de su radical e irreductible individualidad, dejando en el camino los atributos esenciales de la humanidad que lo igualan con sus semejantes.

La pregunta que plantea Raíces: "¿Podrán los fundamentalistas oponerse a la intención de máximo desarrollo humano?", tiene una respuesta ambigua pero que no deja de ser esperanzadora. Los fundamentalismos se opondrán al máximo desarrollo humano, porque este es incompatible con la sobrevivencia de sus arcaísmos. No debemos ser ingenuos y pensar que con el

avance de la civilización estos sectores habrán de deponer sus odios ancestrales y convertirse en portavoces de un humanismo universal. Nuestra esperanza, sin embargo, reside en el hecho de que el impulso arrollador de todos quienes queremos una sociedad mejor -en donde imperen la justicia, la libertad y la igualdad a partir de un inicial reconocimiento de la naturaleza histórica y plural del hombre- habrá de prevalecer sobre la barbarie fundamentalista. En el fondo, tenemos buenas razones para suponer que habremos de salir victoriosos. Esto no significa que pueda lograrse sin mucho dolor y sin nuevos sacrificios. El pueblo de Israel sabe demasiado de todo esto como para tener que abundar en explicaciones. Pero también sabe que su esperanza no ha sido en vano. Que lo suyo no fue una quimera sino una marcha permanente en pos de una utopía, jamás alcanzada pero también jamás desmentida, y que a pesar de ocasionales derrotas fue la búsqueda de esa utopía la que nos ha permitido construir un mundo mejor. 

Fundamentalismo y Democracia

Qué palabras pueden transmitir los sentimientos de pesadumbre e indignación que estremecieron el país entero frente al atentado cometido contra la sede de la embajada de Israel en Buenos Aires; las excepciones son tan insignificantes que numéricamente no cuentan aunque esto no implica negarles peligrosidad potencial. El hecho, sabido es, conmovió dolorosamente a toda la opinión pública que, de mil maneras, y algunas por momentos conmovedoras, expresó su repudio al mismo tiempo. Ni estupor, ni desazón, ni desasosiego, ni preocupación ni otra palabra alguna por sí sola podrá expresar la angustia que pudo advertirse como nota común de todos los sentimientos lesionados. Si irreparables fueron las pérdidas humanas y graves los daños materiales, mucho mayor fue el agravio inferido a la vida democrática y la amenaza a las formas de convivencia civilizada.

Si bien nunca desaparecieron del todo -confesémoslo- las manifestaciones de autoritarismo e intolerancia que se alojan en los bajos fondos de la sociedad, la "instalación" del odio irracional dramatiza la situación, y alerta simultáneamente sobre sus posibles consecuencias inmediatas y mediatas, frente a lo cual sólo cabe reaccionar con enérgica lucidez tanta para reclamar sanciones ejemplares (y legales) para los responsables del incalificable atentado, como para advertir acerca de los riesgos que puede importar la irrupción en la vida social de las confusas y harto peligrosas corrientes que conforman las distintas variedades de fanatismo hoy transfiguradas, por deplorable alquimia, en fundamentalismos.

Sostienen algunos que en 1989 -año del bicentenario de la Revolución Francesa cuyo espíritu se expresa a través de tres palabras: libertad, igualdad y fraternidad, y de la caída del Muro de Berlín como símbolo de un indetenible cataclismo- señala el

término del siglo XX, circunstancia que presagiaría una situación que debe enfrentarse para hacer vivible la próxima centuria.



© Ernesto Montecavaro

Para entender ciertos rasgos de este momento quizá debamos referirnos a dos términos clave que hemos introducido en párrafos anteriores: nos referimos a fanatismo y fundamentalismo que juzgamos merecen ser mejor comprendidos o definidos con mayor rigor. Para Lalande, en su célebre Vocabulario Filosófico, fanático es el "intolerante, apasionado por el triunfo de su propia fe, insensible a cualquier otra cosa, pronto a emplear la violencia para convertir o destruir a los que no la compartan". Su antídoto, la tolerancia para La Goblott no consiste para el hombre sólo en "renunciar a sus convicciones, o en abstenerse de manifestarlas defenderlas o difundirlas, sino en prohibir todos los medios violentos, injuriosos o dolorosos; en una palabra, en proponer sus opiniones sin intentar imponerlas". Llegados a este punto preciso es recordar el papel fundamental que en la historia de la idea de tolerancia tuvieron el Tractatus Theologico Politicus de Spinoza (quien escribía en Holanda "donde conviven en la mayor armonía hombres de todas las naciones, credos y sectas"); Locke y su influyente A Letter Concerning Toleration, Voltaire, que en sus Lettres Philosophiques observa: "Si en Inglaterra sólo hubiera una religión, su despotismo sería de temer; si sólo hubiera dos, se cortarían el cuello, pero hay treinta, y todas viven en paz y dichas"; y tantos otros pensadores modernos, para no retroceder demasiado en el tiempo y recordar a un Padre de la Iglesia, Tertulia-

no, de quien es este juicio: "Va contra la naturaleza de la religión" imponer la religión o la hazañosa aventura de esta bendita idea de tolerancia madurando en medio del clima de intolerancia generado por la guerras de religión del siglo XVI. Son estos principios, cuya filiación apenas hemos insinuado, los que dieron los fundamentos de la convivencia civilizada, del pluralismo, del diálogo, del respeto por las minorías, por lo que hoy llamamos "derechos humanos" y constituyen conquistas irrenunciables.

Por su lado, el fundamentalismo contemporáneo ha sido definido como un esfuerzo sectario "por dividir el mundo en amigos y enemigos de la vida, la presunción de poseer una certeza más allá de toda racionalidad, la convicción de estar llamado a predicar la salvación, la animadversión hacia la ciencia y la razón ... una declaración de guerra

contra la cultura política de la democracia", expresa Thomas Meyer, un estudioso de esas tenebrosas y preocupantes manifestaciones tal como se presentan de la actual Alemania. Enemigo del diálogo, prosigue, "el fundamentalismo no puede compartir el poder. Donde no lo posee, lo denuncia como un baluarte del mal. Donde lo conquista, lo utiliza sin entrar en compromisos y sin piedad. No puede consentir espacios de independencia y, menos que nada, contradicciones".

En conclusión, todo parece indicar que el mejor recurso para aislar los peligros que amenazan los derechos y garantías adquiridos, el pluralismo político y cultural, la convivencia civilizada, el diálogo constructivo, la razón y la ciencia liberadoras, es la consolidación de la democracia (y de sus instituciones) ampliándola y fortaleciéndola. *✍*

*Gregorio Weinberg, historiador.
Raíces, N° 3, Buenos Aires, Argentina.*



Clarín
(Archivo fotográfico)

SOLICITADA

El 17 de marzo, en una calle de nuestra querida Buenos Aires, estallaron el odio ciego, la violencia, la insensatez, la barbarie. Golpearon a niños y ancianos; a católicos, judíos, gente de todos los credos; a hombres y mujeres, a argentinos y extranjeros. Golpearon al corazón y la dignidad del Hombre. Nosotros, que hemos jurado servir a la humanidad, queremos hacer públicos nuestra indignación y nuestro dolor. Al mismo tiempo que nuestra esperanza y nuestro sueño de un mundo de amor y de paz. Y reafirmamos nuestro compromiso de seguir, a pesar de todo, bregando y luchando por el respeto del Hombre por el Hombre.

CLUB DE LEONES BS. AS. - BALVANERA

Antonio Erman Gonzalez, Ministro de Defensa: "Esta misma pregunta habría que hacérsela a estas mentes enfermizas, que han ideado y concretado este acto criminal. Esta herida es para todo el pueblo argentino. Yo no hago conjeturas, del porqué en la Argentina. ¿De ahora en más qué va a pasar?, vamos a luchar por la paz".

Fernando de la Rúa, diputado por la U.C.R.: "Había un propósito de hacer un ataque contra alguna embajada, y lamentablemente estalló la tragedia. ¿Se debió a una falta de seguridad? Si, siempre se vencen las barreras de seguridad. Esto nos tiene que poner alerta".

ERNESTO SABATO: LA COBARDIA MAS GRANDE

En declaraciones a Radio Mitre efectuadas a la mañana siguiente al atentado, el escritor de "Sobre Héroes y Tumbas" expresó: "Estoy consternado. Mi mujer pasó toda la noche llorando, frente al televisor. Estamos enfermos de tristeza, de desaliento. Esto sobrepasa todos los problemas políticos. Yo siempre he estado por la liberación de todos los pueblos, entre ellos el sufrido pueblo palestino y siempre he luchado contra el antisemitismo. Pero eso no justifica los horrores inversos. Aquí se trata de criminales y cobardes, sean quienes sean... ¿Qué progreso hay en la humanidad? Las guerras antes se hacían de frente. Esto, desde el anonimato, desde la oscuridad, es la cobardía más grande. No hay que hablar siquiera de ideología. Estamos viviendo el desprecio por el hombre. Todo lo que está sucediendo es algo así como el anuncio del apocalipsis".

Jorge Yoma, diputado por el P.J.: "Formamos parte de un mundo conflictivo, dividido por ideologías, donde el dolor, el odio, la violencia, y el terrorismo no han sido desterrados. Y desgraciadamente, nos toca sufrir lo que sufrieron otras capitales del planeta, el terrorismo internacional no tiene en cuenta a los países para volcar el terror, ahora tiene que caer todo el peso de la ley sobre los responsables".

Dr. Julio Strassera, ex fiscal de la Nación, ex Embajador argentino: "No sé. Esto apunta directamente a golpear al Estado de Israel y a la comunidad judía. Este fue el objeto principal. Ahora la comunidad judía argentina es la más grande de Latinoamérica ¿se debió a una falta de seguridad? No creo pero piense que el Poder Ejecutivo se suele buscar los problemas. Esto puede parecer una justificación. Pero, este hecho no tiene justificación".

Román Lejtman, periodista de Página 12, Radio Rock and Pop: "Creo que hay varias razones, pero ninguna de las razones que se pueden esgrimir tienen datos ciertos, corroborables en la práctica. Una de las razones que se esgrimen, desde la oposición, es que Menem puso a la Argentina al alcance del te-

rrorismo. Fue porque envió las naves al Golfo Pérsico, pero el oficialismo te contesta que 28 países mandaron naves y pusieron un ejército sobre Arabia y no recibieron un atentado, de estas características".

Simón Lazara ex diputado: "No sé, habría que estar en la mente de estos locos asesinos. Yo no lo puedo explicar. De ahora en más, ¿qué va a pasar en el país? Nada diferente, lo que hay es esto: decenas de miles de personas que se manifiestan a favor de la vida y en defensa de la paz; la gente ratifica que está dispuesta a luchar por esos valores".

Antonio Salonia, Ministro de Educación: "Es una respuesta difícil de dar. Yo también me lo pregunto. Todos en el país nos preguntamos lo mismo, como también me pregunto yo, ¿por qué en Israel? ¿por qué hace algunos días en Turquía? ¿por qué en Londres? De ahora en más ¿qué va a pasar en el país? Creo que hay una adhesión del pueblo de encausar todos nuestros problemas políticos y sociales, por un camino de diálogo y de conducción civilizada".

Repudio a la violencia

Las primeras informaciones hablan de más de diez muertos y cientos de heridos. Se trata de personal de dicha sede, miembros de la comunidad parroquial de Madre Admirable, que quedó devastada, transeúntes, vecinos, entre los que se incluyen un geriátrico y dos escuelas. Los testigos cuentan de sensaciones parecidas a la vibración de un terremoto, las imágenes televisivas semejan escalofriantes escenas de guerra. Quizá la memoria colectiva no registre entre nosotros antece-

dentes por los que se refiere a la magnitud y extensión de los daños materiales.

La violencia, alimentada en una porfiada alienación, en un desenfrenado desprecio por la vida, se manifiesta otra vez. Y otra vez la repudiamos.

Buenos Aires, 17 de marzo, ¿habremos ingresado en la cronología del terrorismo internacional?

El tribunal de la conciencia

Entre las piedras vivas de Jerusalén emerge la proa de una nave: es el monumento a la epopeya que protagonizaron los marinos y pescadores de Dinamarca en 1943. Fueron personajes de leyenda, estremecedores en el riesgo y la ternura, como brotados de un cuento de Andersen. Los nazis controlaban el país y el rey Christian permanecía recluido en su palacio. Un día se deslizó hasta sus oídos la noticia de que iba a comenzar la deportación de judíos daneses hacia los campos de matanza. El rey, encendido por una sagrada furia, consiguió emitir mensajes por intermedio de sus leales colaboradores, convertidos en flechas invisibles que volaban hacia los distintos barrios de Copenhague, las otras ciudades de Dinamarca y las costas braviamente acunadas por el oleaje del océano.

La resistencia patriótica se movilizó de inmediato. Cuando los nazis, poco después, iniciaron sus redadas inclementes ya no quedaban judíos en Dinamarca, barcos, barquichuelos y lanchas los habían transportado a Suecia en una sola noche, en un operativo fabuloso por su discreción y eficiencia.

Casi un año antes, al celebrar el rey Christian su 72º aniversario, había firmado el siguiente mensaje: "Si los alemanes obligan a los judíos a llevar la estrella amarilla de David, yo exhibiré una en mi uniforme y ordenaré a toda la Corte real que imite mi ejemplo". Luego asistió a un servicio religioso en la sinagoga de la capital. Su actitud inequívoca dio fruto: los nazis renunciaron a imponer la divisa infamante. Fue la primera derrota moral del agresor, fue la templanza de todo un pueblo puesto a brillar como un sol.

Algo parecido sucedió en los Países Bajos. Cuando los jefes de la ocupación ordenaron el uso de la estrella amarilla, los holandeses distribuyeron millares de réplicas en las que habían impreso esta leyenda: "Judíos y no judíos, unidos en la lucha".

En la Argentina

Tras el atentado contra la Embajada de

Israel, una multitud impresionante marchó para expresar su asco a la violencia. De los más diversos estamentos brotó un rechazo vigoroso a la locura terrorista y su patente desprecio por la vida humana. Ante el salvajismo del odio se opuso el escudo del afecto y la solidaridad. Esto ha sido ejemplar, reconfortante y enorgullecido. El terrorismo responde a una lógica satánica, pero lógica al fin: cuando provoca miedo, gana; cuando genera repudio, pierde.

Nuestra gente aún tiene inflamadas las heridas que abrieron los cuchillos de la Triple A, el ERP, los montoneros y el ubicuo terrorismo de Estado. Tiene aún fresco el recuerdo de las claudicaciones morales, cuando muchos intentaban despegarse de una víctima diciendo "por algo será" o protegían sus intereses egoístas agarrándose a los faldones del más poderoso de turno.

La insolidaridad que aún habita el alma argentina nos ocasiona mucho daño. No sólo se manifiesta en el descuido de las obligaciones sociales, sino en la dificultad que tenemos para trabajar en equipo, reconocer los méritos ajenos y hacer prevalecer la categoría nación por encima de rivalidades mezquinas.

A dos meses del atentado, la sociedad argentina es desafiada por un curioso test. Ya se han enterrado y llorado los muertos, ya se ha apaciguado el vendaval emotivo. Una cosa es la reacción inmediata tras el horror y otra diferente la que se mezcla con los cálculos. La Embajada de Israel abrirá sus nuevas oficinas en otro lugar de Buenos Aires. Compartirá su sede en el edificio donde funciona otra embajada y una variedad de empresas nacionales y extranjeras.

Así como un herido es ayudado, como un deudo es acompañado, como una víctima es alentada, así el conjunto de instituciones que ya ocupan el inmueble darán la bienvenida al flamante vecino. Contribuyen, de este modo, a reparar una porción del daño y -hay que reconocerlo- a impedir nuevas acciones terroristas. Operan sobre el dolor que quema

del pasado y desalientan las agresiones del futuro.

La horca del miedo

Pero, lamentablemente, la fragilidad humana segrega miserias. Estamos hechos con el mármol de los héroes y la mugre de los cobardes. Nos habita el conflicto de la luz y la tiniebla, y depende de nosotros -de la ayuda que nos brindemos reciprocamente- la prevalencia de la luz.

Es obvio que algunos vecinos sienten malestar por tener que compartir el edificio con una víctima. Es obvio que inconscientemente se alien con la estrategia del agresor porque el miedo confunde, oscurece. Si bien no debemos avergonzarnos por sentir miedo, ya que se trata de una reacción normal, debemos avergonzarnos y escandalizarnos por seguir sus consejos. Son consejos que empujan hacia la parálisis o la fuga, que bloquean los caminos alternativos, nos hacen olvidar los recursos que atesoramos y borran nuestra dignidad.




La Nación
(Archivo fotográfico)

Con quienes tienen miedo pero no están dispuestos a humillarse ante el crimen deseo compartir algunas reflexiones.

Marcos Aguiris
La Nación, 10/6/92

Si la ETA por encontrar difícil su actividad en España decidiese atacar las embajadas de ese país, ¿habría que sacar a esa representación diplomática de su actual emplazamiento? Si Sendero Luminoso adoptara una táctica análoga, ¿cabría hacer lo mismo con la del Perú? ¿Habría que encerrar a las embajadas en guetos, suprimiendo sus tareas de aproximación cultural, política, científica y económica entre los pueblos porque así lo dicta la filosofía del terror? Si un grupo delictivo atacase los grandes bancos de la City, ¿habría que desarmar la City? ¿Habría que cerrar escuelas porque algunos miserables envían amenazas anónimas? ¿Habría que retroceder, una vez y otra, agobiados por el pánico, entregando porciones crecientes de nuestro cuerpo a los heraldos de la destrucción? ¿Cuándo terminará la fuga? ¿Quién quedará indemne de esa obscena disparada?

La mafia ha popularizado el sistema de los tributos que protegen de los ataques que realiza la misma mafia. Ha enseñado a someterse para sobrevivir. Veda la solidaridad con las víctimas y premia -es un decir...- la genuflexión. La condición humana es débil y cuesta resistir, por eso la mafia u organizaciones parecidas logran cosechar éxitos. Los protagonistas cambian, pero no tanto los métodos de abuso. La secreta extorsión que ahora impulsa el terrorismo se basa, precisamente, en el miedo a enfrentarlo, a levantar la mirada y plantársele.

La sociedad argentina ha padecido ya bastante para rendirse a este juego siniestro. En el pequeño test que se le efectúa a su solidaridad revelará creciente madurez. Ante determinados desafíos no sólo la gente de Holanda o Dinamarca puede exhibir estatura moral. 

El atentado contra la embajada israelí

Cinco meses sin resolverse otro enigma del terrorismo

El atentado a la embajada de Israel demostró que ni siquiera la Argentina está a salvo de esa peculiar forma de barbarie que es el terrorismo internacional. Además de vidas y propiedades, algo más se quebró esa tarde horrorosa. La ilusión de que este remoto arrabal puede permanecer al margen de los conflictos que incendian al mundo.

La culpa -en principio- es de la técnica. Por magia de la televisión se conoce en segundos lo que ocurre en la otra punta del planeta. Esto tienta a los homicidas, pues -como advertía Mac Luhan- sin comunicación no habría terrorismo. Lo importante en estos zarpazos indiscriminados -explicaba el profesor canadiense- no es tanto el ataque en sí, sin su resonancia; es decir, su poder simbólico. "El medio es el mensaje", es la premisa macluhiana, cuyos más fieles intérpretes son hoy quienes empuñan dinamita o fusil terrorista.

¿Cuál fue entonces el mensaje que se quiso transmitir con el cruel ataque en Buenos Aires? ¿Demostrar que nadie, en ningún rincón del planeta, está fuera del alcance de la venganza? ¿Evidenciar la debilidad del estado de Israel? ¿Castigar a quienes optaron por pertenecer a Occidente? ¿Todo es mezclado?



Clarín (Archivo fotográfico)

Guillermo Belcore
La Prensa, 17/8/92

Cuando se devele la punta del ovillo simbólico, el hilo conducirá a sus implacables ejecutores. Y a sus pilares internacionales. Tres años se tardó en descubrir que Libia y quizás, Siria estuvieron detrás de la voladura del avión de Pan Am sobre los yermos de Lockerbie (Escocia). Aquí, tal vez el enigma se resuelva mucho antes. Los más talentosos agentes de inteligencia están trabajando. Ellos determinarán también si están involucrados -tal como se conjeturó al principio- algunos grupos locales, de sesgo antisemita, una perversidad nunca bien castigada en la Argentina. Asimismo, verán si hubo o no negligencias en la protección que el Estado nacional le debe a sus huéspedes. Más que nada, para que lo increíble no se vuelva a repetir.

Si como se piensa el integrismo islámico es el culpable del atentado, se ganará además de las peores acusaciones el mote de anacrónico. Una de las noticias más estimulantes de esta época es la lenta desintegración del "Muro de Arena" que desde hace 45 años separa a árabes e israelíes. Tras el final de la guerra fría -esa "victoria del sentido común" como la definió Gorbachev- la paz aparece al alcance de la mano. Todos los conflictos, aun el más arduo, el del estado palestino, pueden resolverse, siempre y cuando los moderados prevalezcan de uno y otro lado.

Pero para que la calma sea perdurable, los gobiernos de Medio Oriente deben acorrallar a aquellas facciones que apelan al terror como medio político. De lo contrario, el atentado en Buenos Aires se repetirá en otros escenarios, con otros protagonistas, pero con la misma ferocidad y sinrazón.

"Cuida de los medios y los fines se cuidarán solos", enseñaba el Mahatma Gandhi. Quienes concibieron la abominable dentellada contra la embajada israelí jamás lo escucharon. Tampoco leyeron la Biblia, el Corán o la Torá, tres obras monumentales que, entre otros puntos, se hermanan en el respeto irrestricto por la vida y en el rechazo a la intolerancia. ▀

1992 MARZO

DOM LUN MAR MIE JUE VIE SAB

• 2 3 4 5 6 7

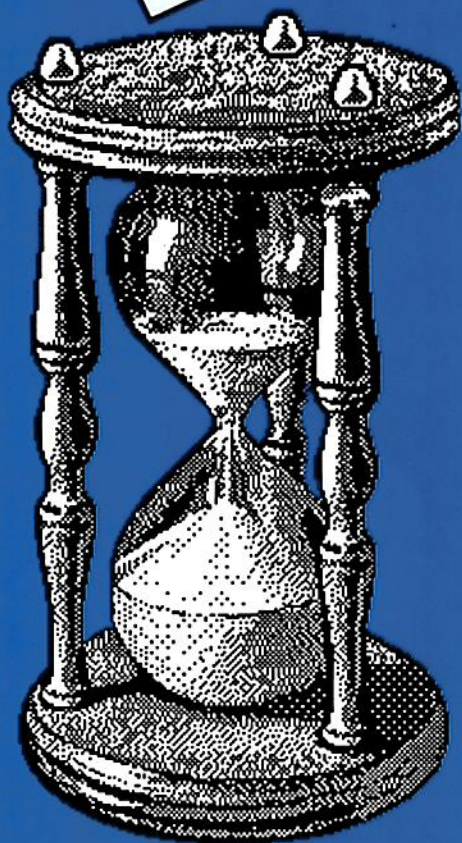
8 9 10 11 12 13 14

15 16 17 18 19 20 21

22 23 24 25 26 27 28

29 30 31

3



**UN AÑO
DESPUES**

1993 MARZO

DOM LUN MAR MIE JUE VIE SAB

• 2 3 4 5 6

7 8 9 10 11 12 13

14 15 16 17 18 19 20

21 22 23 24 25 26 27

28 29 30 31

3

Un año después

Marcos Aguinis

Necesitamos contabilizar el tiempo para orientarnos en el torrencioso fluir de la vida. Pero casi siempre la subjetividad se opone a la aséptica cronología para sugerirnos que cada hecho pasado ocurrió hace demasiado poco o demasiado mucho. En el desajustado balance de ambos registros conseguimos cierta aproximación, que nunca es compartida por todos. Así, la destrucción de la Embajada Israelí en Buenos Aires parece ocurrido ayer o hace una década, según el corazón que mire.

Las personas que perdieron la vida, los deudos que aún tienen arañas los ojos por el horror, los vecinos que fueron violados por la onda expansiva, los ciudadanos perplejos, todos fuimos estrangulados por un alambre de púas que de súbito convirtió a un pedazo de Argentina en siniestro boquerón de guerra.

La sorpresa del ataque y el vesánico desprecio por los derechos de la gente, incluso la utilización de un país ajeno al conflicto, ilustra cada vez más a qué desbordes empuja el fanatismo. Desbordes que ni siquiera brindan un centavo de ventaja al agresor. Porque el nauseoso acto sólo cosechó repudio. Ni siquiera los sectores que simpatizan con la postura antisraelí se animaron a elogiar el despropósito. Unicamente los que están envenenados por el odio, los que se regocijan con la muerte, reivindicaron su triste mérito. El tamaño del perjuicio y la magnitud de la profanación a bienes y derechos, no redundó en ganancias de la otra parte. El balance, incluso en descarnados términos de la relación de fuerzas, no generó beneficios para los impulsores y ejecutores del atentado. Tras la destrucción de la Embajada y el asesinato de inocentes, los fundamentalistas no consiguieron frenar las conversaciones de paz ni doblegar en un grano de arena la voluntad judía por sobrevivir. El fanático, en este sentido, no solo es peligroso por su salvajismo, sino por su estupidez.

Escritor

La opinión pública argentina se movilizó enfervorizada para expresar su rechazo a tamaña barbarie. Los diferentes sectores políticos, sociales, religiosos, manifestaron enojo y repugnancia por el crimen. A los pocos meses la Embajada abrió sus oficinas en otro sitio de la capital. Estos son los datos alentadores que cuentan mucho, que llenan de sangre las arterias de los pueblos, que son imprescindibles para contener los asaltos de la bestia.

Pero estas reflexiones atañen a un enfoque que, si bien es muy importante, esquivarían al que no podemos soslayar en este primer aniversario. Ha pasado un año cronológico -para unos fue ayer, para otros hace muchísimo-, y esa bárbara agresión en el centro de la capital argentina sigue sin esclarecimiento. Es verdad que grandes crímenes lograron escapar a la pesquisa, pero también es verdad que refugiarse en esta excusa tiene poca grandeza. Que asesinos extranjeros puedan ingresar en nuestro territorio, desplegar un operativo complejo, sacudir con una bomba de gran poder a toda la ciudad y luego conseguir esfumarse por encanto no es un hecho edificante para nuestra autoestima ni seguridad.

En este sentido, aunque nos disguste, debemos agregar a los efectos espantosos que esa bomba causó en la vida de nuestro país, el dato muy grave de la impunidad con la que pueden entrar, moverse y proceder los malhechores. Tenerlo en cuenta -y bregar contra ello- es adherir a la preservación de la convivencia. ■



© Ernesto Montecavaro

Un
año
después

Me dan miedo esas grandes palabras

Jaime Barylko

Estaba yo preparando mi curso sobre "El significado del sufrimiento", cuando llegó a mis oídos -luego a mis ojos- la tragedia acaecida en la Argentina: la asesina destrucción de la Embajada de Israel.

Destrucción, derrumbre, en hebreo se dice **jurbán**.

Detuve mis estudios. Quería remontarme al sufrimiento humano universal. No pude.

La radio, la televisión, me hablaban de **jurbán**.

Con esa palabra en la mente, de lo universal hube de pasar a lo particular.

Jurbán es la destrucción del primer templo, la del segundo templo, expulsión tras expulsión en Europa, 1492, Kishinev, y ahora en Buenos Aires.

Uno quisiera borrar todas esas imágenes de la víctima, ese llanto de destino aciago que se estira de Hamán a Hitler.

Como siempre: quisimos ser universales, pero no nos dejaron.

Como siempre: quisimos olvidar y sonreírle al mundo, ya que somos todos iguales.

Sonreír para que todos vean que ya no lloramos más, que no deseamos edificar nuestras vidas sobre lápidas y valles de huesos secos, sino sobre la fe en una humanidad que nos abraza como hermanos y nos integra como humanos.

Siempre nos fallaron las expectativas.

Pensar que hace menos de un siglo atrás el poeta Tcherni-jovsky cantaba:

*"Ríete, ríete de mis sueños,
estos que yo te narro;
ríete porque creo en el hombre
y también en tí yo creo".*

El tiempo avanza y hay que luchar contra el descreimiento. Dan ganas de dejar de creer.

Llorando no se remedia nada. Pero a veces, como Neruda, podría escribir los versos más tristes y decir no creo ...

Un personaje de Joyce, el autor de **Ulises**, dice:

*"Me dan miedo esas grandes palabras
que nos hacen tan infelices ..."*

A mí también. Hombre, Libertad, Igualdad, Derechos, Amor, Universo.

Las grandes palabras nos están haciendo infelices. Inducen al sueño, la calma, hacen desviar la vista, mientras por otro cauce van corriendo los hechos, los crímenes, las destrucciones, sin palabras, efímeros y definitivos.

Las grandes palabras sufren tamaña decepción que nos hacen infelices. Enton-



© Ernesto Montecavaro

Filósofo

ces, cuando sucedió el **jurbán** de la Embajada de Israel en la Argentina, cuando me repuse, volví a mis libros y a mi tema, "el significado del sufrimiento", y me recliné en el libro de **Job**, y en el talmúdico de **Berajot**, donde se califican los diversos tipos de sufrimiento.

Job, en el colmo de la pena, encontró que el diálogo con los hombres era imposible, entonces decidió encarar a Dios.

Yo no pude refugiarme tan alto.

Nada le pregunto a Dios. Me pregun-

to a mí mismo por qué el odio, por qué la víctima expiatoria, por qué la bandera con el escudo de David.

En Arroyo y Suipacha hay un agujero, y como tal debería conservarse, física y espiritualmente. Año a año ahí debe decirse el **kadish**, la oración del que ha perdido a su padre o a su madre. Los argentinos, todos.

No para rendirle honras al pasado.

Para advertir acerca del futuro. 



Un
año
después

"Todos sabemos ..."

Adelina Dalesio de Viola

Todos sabemos que no fue un hecho aislado, todos sabemos que a los judíos no les suceden hechos aislados.

Ya había pasado bastante tiempo, decenas de minutos, centenas de segundos, miles de milésimas de segundos, menos de dos horas ... todavía el polvo de la explosión sofocaba la respiración, alrededor, la gente queriendo ayudar a curiosear, molestaba y hasta impedía los trabajos de salvataje. Los reporteros gráficos, los canales de T.V. y las radios confundiendo la libertad con la falta de prudencia, pujaba con la policía para "poder llevar a cabo nuestro trabajo".

Los políticos, se acercaban al "lugar del hecho" a repudiar, y si era posible a salir por televisión, alguno hasta se vistió con casco y botas y posaban ante toda cámara que se le acercara.

Todo un barrio convulsionado y herido, los terroristas, no sólo volaron la Embajada de Israel, también el horror había alcanzado al Asilo de ancianos, la Iglesia Católica, un Jardín de Infantes, un Colegio, varios edificios ...

Los vecinos querían pasar y acercarse a sus viviendas, saber dónde estaban los suyos, preguntaban y miraban aterrados los hierros enroscados, las maderas y el escombros que antes, minutos antes, había sido su cuadra, su manzana, su hogar.

El caos esta sembrado, y la Torre de Babel de la información, desinformada, del rumor, del me contaron, lo oí, me lo dijeron, comenzó rápidamente a buscar explicación y los culpables.

En medio de esto, como un símbolo, un hombre caminaba entre los escombros; sólo entre la muchedumbre, los lentes aumentaban el

tamaño de sus ojos llenos de lágrimas, y su cabeza patriarcal sólo se levantaba ante el grito de silencio! y la esperanza de encontrar a alguien con vida.

El no buscaba explicaciones, él sabía, tendrán otros nombres, otras nacionalidades, se vestirán de distintas maneras, pero a través de los siglos son los mismos, los criados en el odio, en el sectarismo, en la intolerancia y la envidia, serán identificados de distinta manera, usarán la cruz gamada, o sólo pondrán una sutil ironía al referirse a su pueblo, siempre tendrán explicaciones variadas, pero una sola conducta: el antisemitismo, más o menos violento físicamente, pero siempre moralmente violento.

El levantó la vista una vez más, me besó en ambas mejillas, mientras yo lo abrazaba llorando, sólo un segundo, Itzhak Shefi, me miró, pero 5700 años de sabiduría y sufrimiento estaban en esa mirada patriarcal, todo el judaísmo, su orgullo y sufrimiento, sus éxodos y holocaustos.

Todos sabemos que no fue un hecho aislado, que hace muchos siglos que la humanidad sigue en deuda con el pueblo elegido por Dios. ✎



© Ernesto Montecavaro

Ex diputada de la Nación

A un año del drama


Fernando de la Rúa

Recuerdo vívidamente la impresión de aquel día funesto. Estaba en los estudios de ATC, en un programa de televisión, en el aire. El Director de "Noticias", Mauro Viale, trajo la información de que algo ocurría en la ciudad. La noticia siguiente hablaba de una explosión en la Embajada de Israel. Aunque no se preanunciaba la gravedad, quedé demudado ante las cámaras. Dios quiera que no haya víctimas, creo que pude decir con un nudo en la garganta. Pocos días antes había regresado de Israel. Las imágenes de mi visita se agolpaban en mi mente. Había visto allí la lucha de ese pueblo por la paz y el progreso. Era posible que la violencia extendiera su brazo cruel hasta nuestro territorio? Los cables se agregaban y crecía la dimensión del drama. Salí del canal urgido por la angustia y fui hacia la Embajada. Al llegar a la calle Arroyo me estremeció el horror. Aquello era increíble. Los heridos, la destrucción, la sensación de la muerte, los amigos, los vecinos. Recorrí como pude la zona, por sobre los escombros y los vidrios rotos, junto a Adolfo Gass, a quien encontré en el sitio. No se podía creer. Era una enorme herida en el corazón de Buenos Aires, era un inmenso dolor para el país.

El atentado había golpeado a todos por igual. La Embajada destruida, la Iglesia Católica del frente brutalmente golpeada, los ancianos sacudidos, la escuela violentada, las viviendas de los vecinos desarticuladas. Una onda de horror recorrió el país y conmovió al mundo. Los mensajeros del odio y la violencia habían llegado hasta aquí, en el sur, a conmover la paz de nuestro tiempo, desparamando muerte. Todo el pueblo unió en el repudio y la solidaridad. Una gran marcha reunió a los hombres y mujeres de todas las ideas y todas las religiones. Allí estuvimos todos juntos para expresar los profundos sentimientos compartidos. Fueron especialmente conmovedoras las palabras del embajador de Israel, que leyó con coraje su discurso, junto al Presidente de la Nación y el Cardenal Primado Antonio Quarracino. Fue la expresión de todo un pueblo, mudo por el dolor y la

voluntad de difundir la paz y preservar la vida.

La humanidad tiene derecho a la paz. La violencia insensata que todo destruye no debe tener cabida en nuestro mundo. La Nación Argentina recogió el desafío y dio una respuesta contundente en la reacción de todos los sectores, quedó el mensaje de las oraciones compartidas en los templos y las sinagogas, y la unión de los corazones en el clamor de paz y de rechazo a la insensatez de la violencia. Quiera Dios alumbrar los caminos de la paz, el respeto entre los hombres, la dignidad de los pueblos, el derecho a la vida, deben ser los principios permanentes que guíen la convivencia entre las naciones. Ojalá lo comprendan. Mientras tanto, el recuerdo de aquel drama permanece en el recuerdo de los argentinos como una experiencia dolorosa que nos conmovió a todos, exaltemos la fraternidad y la convivencia que las víctimas del atentado no hayan sido en vano. La tragedia nos deja una lección, a la paz debemos cuidarla. La violencia puede estar en cualquier parte. Como dije en la Cámara de Diputados en la sesión especial con motivo de estos hechos, debemos prepararnos para cuidar la seguridad de los habitantes del país.

Al cumplirse un año del luctuoso suceso, renovemos la solidaridad con las víctimas, refirmemos la condena al terrorismo que vino a mostrar su rostro cruel en nuestra tierra y, inundarnos de nuevo en la confraternidad y el respeto, ratifiquemos la voluntad de paz para toda la humanidad. 

Senador de la Nación



© Ernesto Montecavaro

Un
año
después

"La aldea universal"

Marco Denevi

Todo lo que sirve al triunfo de nuestra causa es moral. Y es inmoral todo lo que se le opone". Esta divisa abyecta no fue adoptada sólo por el leninismo. También se la han apropiado otros movimientos en nombre de un dogma religioso, de una ideología política, de una supuesta supremacía racial, de un interés económico y hasta en nombre de la nada, como cierto terrorismo nihilista.

Para ese terrible Absoluto la humanidad se escinde en dos categorías: la de los elegidos y la de los rechazados. La una no puede sobrevivir sin la eliminación de la otra. Y entre ambas no hay neutrales, no hay inocentes. No hay, menos todavía, amigables componedores. Quien no pertenece a la primera categoría está indefectiblemente afiliado a la segunda.

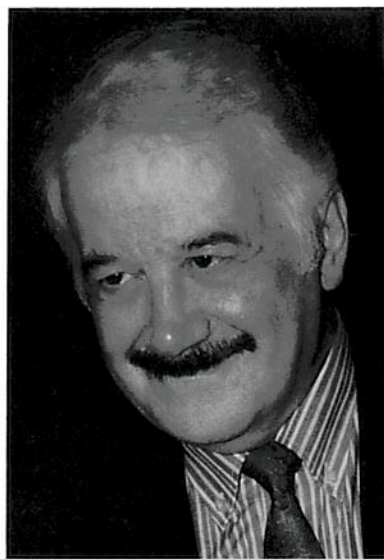
¿Qué se puede esperar de semejante dualismo, propagado desde el dominio de las ideas hasta el plano de la conciencia moral y de allí al terreno de la conducta? La consecuencia es la "guerra santa", para la cual la muerte del guerrero es un martirio que le asegura la gloria y la muerte del enemigo es un acto de justicia, por lo general divina.

La Historia, desgraciadamente, está poblada de esos crímenes "justos", de esas "santas" hecatombes. Y por cierto que son pocas las religiones, pocos los gobiernos y los poderes económicos que no los hayan cometido en el pasado. Pero respecto de la Historia solemos tener una convicción más optimista: a medida que transcurre vamos elevándonos en lo material y en lo espiritual, en el orden de los conocimientos y en el orden de los derechos.

Sin embargo, aun en medio de esos esplendores de la civilización (digo civilización, no digo cultura), las viejas "guerras santas" que in-

faman la Historia, prolongan su terror, sus autos de fe, sus persecuciones despiadadas, su fanatismo, su intolerancia, su odio y aquella atroz divisa que recordé antes.

Ese solo dato basta, a mi entender, para que depongamos el orgullo por nuestros satélites espaciales, por nuestras computadoras y por la fundación de la aldea universal. En la aldea universal todavía pululan los "elegidos" que encienden las hogueras para los rechazados. Y a veces son los países más supuestamente cultos los que nos dan ese espectáculo lamentable. Pero uno no querría sentir vergüenza de ser un ser humano, como la sentí el 17 de marzo de 1992. ✍



© Ernesto Montevideo

Escritor

Aniversario de una gran vileza

Oswaldo Fustini

*Eripe me domine ab Homini malo
(Salmo 19)*

El 17 de marzo de 1992, Buenos Aires fue sacudida por una intensa conmoción. En las primeras horas de la tarde de ese día una bomba de intenso poder destruía por completo la Embajada de Israel en la Argentina.

No hubo ciudadano que saliera de su estupor.

Un número considerable de muertos, centenares de heridos, numerosos edificios colindantes destruidos, daban la pauta del intenso drama que comenzamos a vivir. Nadie podía explicarse esta espantosa acción, producto de una mente desviada de toda comprensión racionalista. Sólo una obra demencial podía dar pábulo a tal aberrante acontecimiento.

Vino luego la condena de todo el estamento gubernativo, religioso, empresarial, universitario, estudiantil, en una palabra, de la comunidad entera. Nadie salía de su asombro. Tanta crueldad, tanta maldad, tanta ruindad, que cobró tantas vidas inocentes mereció el repudio de todos los hombres de bien por un drama que enlutaba a Israel, a la Nación Argentina y yo diría a toda la civilización.

Todos se unieron a la protesta unánime que despertó el infame acto de brutalidad exteriorizada en numerosas publicaciones, artículos periodísticos, conferencias, que condenaron el hecho, mesas redondas donde disertaron las voces más altas de la intelectualidad argentina que se unieron así a una clamorosa protesta contra la destrucción y la violencia.

Los más firmes requerimientos y las intensas acciones policiales no pudieron dar con los culpables y responsables de tan vil acción.

En este reclamo también estuvo unida toda la comunidad y si bien nada pudo esclarecerse hasta hoy, existen sospechas que se orientan hacia una venganza política o una obra de inti-

midación premeditada.

Hoy, a un año del fatídico acontecimiento alcemos nuestra protesta como ayer, como antes dijimos, con las mismas palabras, con nuestro mismo accionar. Nuestra solidaridad con el pueblo de Israel no es de ahora. Viene de muy lejos, viene de su nacimiento como Nación y aún antes.

Como Presidente del Instituto Cultural y Científico Argentino Israelí, durante muchos años, he puesto en ese accionar lo mejor de mí mismo. Por tal, hoy al cumplirse un año de tan vandálico ataque a la racionalidad y a la cultura, agresión que no podemos ni debemos olvidar, estamos otra vez, como siempre, con el deseo que la Justicia, la Paz, la Democracia y la Libertad que son los ideales que alientan al pueblo de Israel tengan en el futuro la vigencia de su permanencia.

Considero que sin duda este vandálico hecho, estrechará más los lazos que en el terreno cultural, y científico fue el motor de nuestro accionar, al frente del Instituto Cultural y Científico Argentino Israelí, sirviendo así a nuestros ideales. Invoco al Altísimo para que el diálogo y no la guerra, sean la solución para los pueblos de Oriente y que en el nuevo ordenamiento mundial lo que triunfe sea la victoria de la Paz.

Finalmente me permito recordar el Salmo que inicia estas palabras: "Librame! Oh! Señor del hombre malvado, librame del hombre perverso ... La malignidad de sus actos vendrá a descargar contra ellos mismos".

Presidente de la Academia de Ciencias



Un
año
después

Reflexión sobre el atentado a la Embajada de Israel

Delfín Leocadio Garasa

Aquel aciago día de marzo se cernirá siempre en mi recuerdo como una catástrofe tan cruel como inexplicable. Tal vez nuestro afán de buscar explicaciones sea una deformación de la mente racional como si la historia y la vida no ofrecieran reiterados ejemplos de abismos insondables, de zonas tenebrosas, de ciega barbarie. Tal fue mi reacción aquel día que, por motivos personales, se reviste de una aura dolorosa.

Esa misma mañana salí de Jerusalén, donde había asistido a una reunión de escritores israelíes e hispanoamericanos con ocasión del quinto centenario de la expulsión de Sefarad. Durante las deliberaciones y reuniones académicas y sociales reinó un clima de armonía, una compartida coincidencia en todos por trascender - sin olvidar - la incompreensión y el fanatismo que evocaba esa recordación.

Aquella misma tarde, mientras esperaba en Londres el avión que me trajera de regreso a Buenos Aires, se produjo el cobarde atentado, sobre cuyo luctuoso saldo me cuesta escribir serenamente, porque siento los límites de la palabra, porque todos lenguajes es un paso hacia el entendimiento y aquí nos estrellamos contra el horror que escapa a las pautas humanas.

En esta meditación me hallaba al día siguiente, al recorrer la Avenida 9 de Julio. Sentí que no todo estaba perdido en medio de aquella muchedumbre de distintos credos y opiniones, unida en su repudio al acto vesánico. Pero no pude dejar de recordar cuántas veces en mi vida me había tocado presenciar otros actos de violencia contra los

que sentían o pensaban diferente, contra los que disentan de valores que se tenían por absolutos en este mundo de relatividades. El atentado a la Embajada de Israel era una proyección en monstruosa escala de la intolerancia, del odio al adversario, del rechazo de la convivencia pacífica, a que aspiramos todos los que ciframos la condición humana en los ideales elevados y no en atavismos que la desmienten.

Israel acababa de mostrarme ambas tendencias. Un pueblo que consolidaba su destino en una esforzada conciliación de antagonismos, de resabios, de intransigencias, de odio, de exasperación. Ahora veía en mi propia patria a qué extremos podía llegar este conflicto.

Pensé entonces -no sin amargura- si el hombre, si todos nosotros, no encerramos ambas tendencias, y por consiguiente, una constante disciplina interior debe afirmar los valores positivos y fecundos y extirpar los elementos nocivos y destructores. Nuestra firma en las manifestaciones de condena no debe limitar su alcance al episodio aislado, sino a las motivaciones subyacentes y agazapadas en los laberintos oscuros de la mente y en los recodos estremecedores de la historia. *✍*

Escritor



© Ernesto Montecavaro

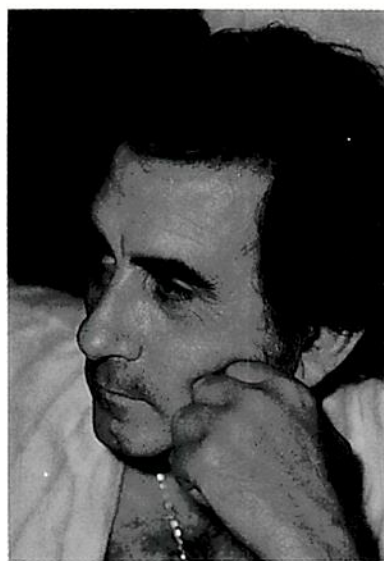
Un año después

Eduardo Gudiño Kieffer

Veo el lugar donde estuvo el edificio de la Embajada de Israel, uno de los rincones más bellos de Buenos Aires.

Hoy, un año después del horror, es algo así como una desgarradora herida que no ha cicatrizado. A mi modo de ver no se trata de mantenerla abierta para gozar de una morbosa autocompasión. Se trata de darnos cuenta, judíos o gentiles, de que el crimen fue cometido no sólo contra la **ciudad** sino también contra la **ciudadanía**. Me refiero a la **ciudadanía humana**, que por **humana** se prohíbe a sí misma la violencia terrorista.

Y veo algo más, ya no en el rostro de la urbe sino en el alma de la mayoría: el hecho suscitó reacciones de dolor, de rechazo, de indignación, de angustia, de momentánea impotencia. Pero, gracias a Dios, no despertó miedo ni desencadenó venganza. Y me alegro, porque el miedo es el caldo de cultivo de la esclavitud, y la venganza lo es de las guerras injustificadas. Este tácito **no** tanto al sometimiento como al desquite, es el triunfo de la civilización sobre la barbarie. De la verdadera cultura sobre la brutalidad. ✍



© Ernesto Montevideo

Escritor

Un
año
después

La explosión del horror

José Isaacson

El próximo 17 de marzo de 1993 se cumplirá un año de la aberrante volatilización del edificio de la Embajada de Israel en Buenos Aires. Víctimas judías y no judías compartieron la magnitud del daño.

Analizar el hecho de acuerdo con normas racionales es una verdadera paradoja porque el irracionalismo nihilista no admite las pautas de la lógica.

No obstante, el hombre que no ha perdido el **Tzelem Elohim** no puede abandonar el instrumental racional, pues esa sería la mayor victoria del fundamentalismo. Salvaje expresión de una visión totalitaria del Universo el integrismo se maneja según cánones dogmáticos y, en consecuencia, reemplaza los sistemas dinámicos de ideas por ideologías constituidas por esquemas congelados y fósiles.

La esencia definidora del hombre es la búsqueda del conocimiento, por el contrario, el ideólogo representa todo lo contrario del pensador. En lugar de buscar el conocimiento, parte de una verdad aceptada apriorísticamente y en lugar de pensar eslabona sus argumentaciones a partir de un problema supuestamente resuelto.

En "Roma y Jerusalem", célebre ensayo de Moisés Hess, el **rabino rojo** establece que el judaísmo persigue el sábado de la historia. Es decir, la perfección de la sociedad, la redención del hombre.

No podemos ni queremos dejar de ser lo que somos: en un mundo cuya historia es una larga serie de injusticias del hombre, en general, y la cultura judía, en particular, intentan resolver las perversiones que se prodigan cotidianamente.

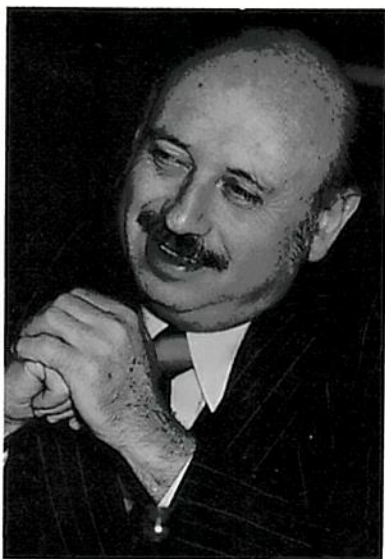
Sería irracional suponer que la lucha por una sociedad más justa

es privativa de los judíos, pero lograr "el sábado de la historia", según la recordada formulación de Hess, marca el rumbo

singular de una cultura. La razón crítica nos dicta algunos interrogantes: ¿por qué han sufrido tantos exilios y tantas torturas los descendientes de Abraham? ¿Por qué quienes llaman a Moisés **nuestro Maestro** han conocido todas las formas del horror? No se trata de una mera casualidad ni de un odio surgido porque sí no más. La esencia del judaísmo -acabamos de recordarlo- es alcanzar una sociedad de personas, un hombre incapaz de olvidar que fue moldeado a imagen y semejanza del Creador del Universo.

No matar, amar al prójimo, son **mandamientos centrales** de la Escritura. Que los judíos, por lo menos los judíos representativos de su herencia cultural, hayan sido los permanentes portaestandartes de una civilización basada en el amor en medio de una sociedad que ha hecho del odio su actividad cotidiana, resulta el factor fundante de una animadversión milenaria.

Como contrapartida, los fundamentalistas de todos los tiempos y particularmente los que han brotado como hongos venenosos luego de las múltiples tormentas de nuestro siglo, continúan engendrando distintas formas de una cultura antipersonalista. En consecuencia, los pocos que intentan persistir en la posibilidad de una sociedad fundada en el amor, se ven enfren-



© Ernesto Montevano

Poeta y ensayista

tados con los muchos que siguiendo la ruta más fácil del irracionalismo agitan los fúnebres lábaros de la calavera y las tibias cruzadas.

La tortura, el desprecio, la cosificación de la persona humana han signado los autoritarismos y los absolutismos, y cuando ingenuamente creíamos estar en el límite de la barbarie se ha derramado sobre el mundo el integrismo fundamentalista cuya esencia salvaje no desconoce las conquistas de la civilización tecnolozizada. Sólo que se trata de una tecnología anestesiante que confunde el diálogo entre las personas con el mero intercambio de informaciones. Por eso se habla del "diálogo" con las computadoras y se elude el diálogo entre los hombres desalienados, es decir, hombres lúcidos rescatados de la sociedad masificada. Propuesta que es todo lo contrario de un discurso elitista pues se trata, justamente, de que **cada uno** sea el protagonista de un destino personal y no el sumiso servidor de un sistema.

El antijudio militante no razona tanto, sabe que el judío es diferente y esto bas-

ta para justificar su odio y su voluntad depredadora. Que esta actitud pretenda en ocasiones, escudarse en una estructura cristiana significa olvidar que fue el mismo Cristo quien dijo: "No vengo a quitar ni a agregar".

No resulta paradójico afirmar que los así llamados fundamentalistas nada tienen que ver con la civilización del amor, con la personalización de la sociedad de masas. Por el contrario, el fundamentalismo es el sepulturero de toda esperanza, la imagen borrosa de la barbarie y la nítida representación de sus imaginarios límites en continua expansión.

No obstante, la cultura judía continúa marcando el Norte de la historia. Lejos de un planteo etnocéntrico nos referimos a la historia como lugar del hombre, pues aunque el hombre no se agote en la historia, la permanente búsqueda del **sábado de la historia** equivale a proseguir el intento de perfeccionar la historia. Dicho de otro modo, una historia cuyo protagonista es el hombre concreto que ha elegido el proyecto de ser persona. ➤



Un
año
después

Como en mi propia carne

Justo Oscar Laguna

Va a cumplirse un año del atentado que destruyó la Embajada de Israel y aledaños en un acto de barbarie que dejara atónitos a los argentinos, sembrando numerosas muertes y daños materiales. Pero tan grave fue, sin duda, que haya sido dirigido contra una comunidad tan querida en nuestra Patria como la comunidad judía.

Hace un año afirmé que sentía el atentado como en mi propia carne, teniendo en cuenta los textos de San Pablo sobre la relación de los cristianos y los judíos.

Al cumplirse el primer aniversario de aquel episodio siniestro, sin haberse encontrado todavía a los autores materiales ni ideológicos, reitero en plenitud lo que entonces dijera, mi adhesión fuerte y total al querido Pueblo de Israel. ✠



Obispo de Morón

Sentirse judío

Félix Luna

En diciembre de 1967 adquirí un departamento en la calle Arroyo, entre Carlos Pellegrini y Suipacha. Se trataba de un edificio bastante antiguo, construido en 1906 por Federico Pinedo (padre) y me costó bastante refaccionarlo. Pero quedó bien, era luminoso, y con el tiempo, mi mujer, mis hijas y yo nos adaptamos perfectamente a sus características. Allí nació la menor, allí escribí varios libros, allí pasé veinticinco años razonablemente felices.

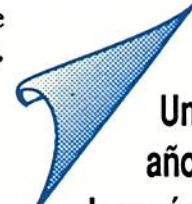
A todos nosotros nos gustaba el barrio. Cuando me mudé a Arroyo, no existía aún la Avenida Nueve de Julio y nuestra calle llegaba a Cerrito con un despliegue de pequeños negocios que facilitaban las tareas del hogar. La pequeña placita que se encontraba entre Carlos Pellegrini y Posadas era como la segunda casa de mis hijas ... y de mi perro cocker, que se desesperaba por pasear bajo sus añosos árboles y hasta había aprendido a subir y bajar por el tobogán. Y en la bajada, el Pasaje Seaver agregaba un elemento raro y encantador al paisaje.

Sí, nos gustaba el barrio, plácido y recoleto a pesar de estar enclavado en pleno centro. La existencia de dos embajadas en mi cuadra -la de Israel y la de Rumanía- le daban animación y también cierta seguridad. El colegio de la esquina de Suipacha ponía bullicio de chicos todas las tardes a las cuatro. La vieja farmacia frente a la embajada israelí era como un testimonio del pasado, en los bajos del hermoso Edificio Bencich.

Todo eso voló el 17 de marzo de 1992. De un momento a otro, esa vecindad quedó convertida en un montón de escombros. Vecinos comunes, transeúntes inocentes, empleados y visitantes de la Embajada de

Israel, las viejitas del geriátrico estaban muertas o gravemente heridas. Un verdadero milagro había salvado a los chicos del colegio, pero todo el resto era dolor, desolación, destrucción.

Ni mi familia ni yo estábamos allí en ese trágico momento. Una cadena de felices casualidades nos mantuvo lejos de nuestra casa, esa tarde terrible. Yo llegué pocos minutos después. Miré esa ruina irreconocible, subí trabajosamente hasta mi departamento saltando sobre vidrios, maderas y escombros. Vi lo que había sido mi casa y me fui. Traté de no sentir nada. Eludí a periodistas estúpidos y a curiosos imprudentes. Me quedé en la esquina, quieto y callado, esperando reunirme con los míos, que venían hacia el lugar.

Y entonces, repentinamente, me sentí judío. Sentí en toda su dolorosa dimensión, lo que es ser un judío. Me identifiqué con esos hombres y mujeres que no conocía y yacían bajo los vestigios de la embajada, y también con esos muchachos que, con lágrimas en los ojos, empezaban a tratar de rescatar los cuerpos. Sentí en mi espíritu milenios de historia de persecuciones, discriminaciones, violencia. Y una vez más en mi vida, pero ahora con la fuerza del dolor injusto, me comprometí ante mí mismo para contribuir a que la irracionalidad, el fanatismo desaparezcán de la faz de la tierra y sobre todo, de mi país, que no ha merecido semejante agravio. 



© Ernesto Montevano

Historiador

Un
año
después

Aquel día

Carlos Federico Ruckauf


Estalló una bomba en la Embajada de Israel! El teléfono me traía una noticia de esas que uno siempre imagina y nunca entiende.

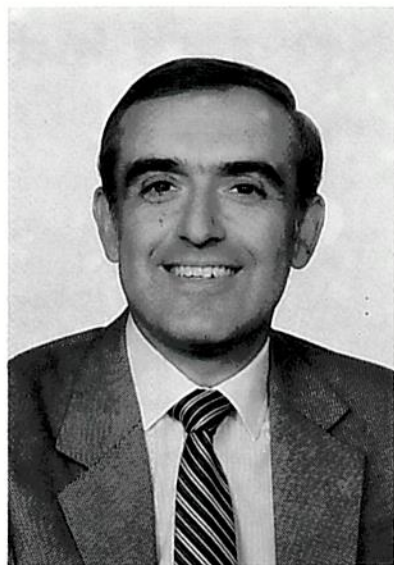
En la Argentina existen más prejuicios de los que estamos dispuestos a aceptar, y en consecuencia, recibí la inmediata advertencia: ¡"sea cauto! puede ser algo interno" (sic).

Por supuesto no acepté el consejo "bien intencionado" y fui tan apresurado que mandé mi telegrama de solidaridad al edificio de la calle Arroyo. Sentí que, como cuando había que votar la Ley Antidiscriminatoria hay momentos en la vida donde no existen los grises. Uno tiene que elegir si está del lado de la víctima o del lado de los victimarios.

Ese día como militante católico me sentí un judío más, me sentí del lado del amor frente a los profetas del odio. Como cuando se profanan cementerios o se pintarrajean sinagogas.

No puedo dejar de mencionar la inmediata coincidencia en el repudio que tuvimos con otros demócratas. Tal es el caso de Dante Caputo Vicepresidente de la Comisión o el Diputado Alfredo Bravo con quien decidimos acudir en conjunto al velatorio de las primeras víctimas.

Luego vinieron las diferencias de interpretación sobre si nuestra política exterior tenía que ver o no con el lugar geográfico donde el terrorismo decidió asestar su golpe, pero aquel día todos comprendimos de que lado había que estar. 



Diputado de la Nación

La rutina del odio

Magdalena Ruiz Guiñazú

Ilustrar la presencia del Mal en el mundo es, paradójicamente, difícil.

Cuando, (y esto sucede poco en la vida) nos ha tocado sentir de cerca el monstruoso aleteo del Maligno, ya nada volverá a ser como antes, y sin pecar de medievalistas, de pronto ya no quedan dudas de que el Demonio o su notable Poder es tan parte de la realidad como el sol que nos alumbra. Es, repetimos, una vez en la vida o muy poco más. Sin embargo, nadie puede olvidarlo. Nadie puede decir que fue una experiencia donde el sentimiento y la imaginación tuvieron un rol protagónico.

Porque la presencia del Mal, lejos de ser una divagación, se nutre de elementos muy concretos: cronómetros, computadoras, picanas, aviones. Hasta podríamos decir que el Mal se ha sofisticado. Aunque, a veces también, ofrece ribetes muy simples. Recuerdan aquello de que Heinrich Himmler se quitaba las botas cuando volvía de su tarea en los campos de exterminio, y se cuidaba de no despertar a los canarios que dormían plácidamente en su cocina?

Hombres y mujeres de su casa. Cumplidores de deberes sociales.

- Y usted tiene familia? -recuerdo haberle preguntado a más de un represor.

Por supuesto. Todos, o casi todos, se sorprendían ante la duda. Cómo no iban a tener hogar, cónyuge, hijos preciosos? Además, no parecían diferenciarse de un vulgar transeúnte encontrado al azar.

- Bueno, ese fue un "trabajito" que hice ... -recuerdan ante las preguntas referidas a una determinada sesión de tortura.

Sí, el Mal está ahí. Lo que ocurre es que nadie piensa que puede llegar a tocarlo.

Como nadie tampoco pensaba, en aquella tarde soleada del 17 de marzo de 1992, que Buenos Aires iba a vivir en sus calles el es-

panto y la masacre de una ciudad en guerra.

Todos coinciden en que la calle Arroyo presentaba su aspecto habitual.

Frente a la Embajada de Israel los niños aprendían a leer; las ancianas estaban descansando; en la iglesia del convento se preparaba la liturgia de la tarde. Los transeúntes habituales ...

Pero, no. Habituales, no ... Allí había otras presencias. Alguien más. Para sintetizar: el Mal. La prefiguración del infierno. Un ensayo de fin del mundo. ALGUIEN que determinó día y hora. ALGUNOS que se reunieron metódicamente para elaborar una tarea de destrucción perfecta. El odio puesto en marcha con una precisión infalible.

Y a un año de distancia nos seguimos preguntando: cómo será la vida de estos estrategas del exterminio? Habrán sido condecorados, felicitados, contratados para repetir sus hazañas en otras latitudes?

Quizás hasta habrán pasado una temporada en familia para descansar? Porque, como decíamos antes, lo del lobo solitario es más frecuente en las películas que en la vida real.

Sea como fuere, Buenos Aires conoció ese horror. Hombres, mujeres y niños marcharon por sus calles repudiando el hecho. Pero también lloraron porque intuyeron que el mundo **es atroz**. Y que la aventura de vivir requiere de una espiritualidad constante para no olvidar aquello de "... habrá paz para los hombres de buena voluntad".

Periodista



© Ernesto Montecavaro

Un
año
después

"Sobre el corazón en ruinas"

Manuel Tenenbaum

Hace un año, junto con los escombros del edificio que albergaba a la Embajada de Israel en Buenos Aires, junto con el dolor y la impotencia de las familias enlutadas, quedó desgarrada el alma judía. Nunca más, en su conciencia colectiva, la comunidad judía de la Argentina se sentirá igual.

A pesar del tiempo transcurrido, el sentimiento -mezcla de perplejidad y congoja- persiste como el primer día. La grave pregunta permanece: ¿cómo pueden mentes y brazos humanos descender a tamaña abyección?

Se ha dicho -Elie Wiesel- que "cuando un judío está afligido, experimenta más que su dolor individual ... nuestra tristeza está enraizada en tragedias anteriores".

Es cierto. El 17 de marzo pareció caer sobre nosotros todo el mal que recurrentemente se ha ensañado con el pueblo judío.

Sin explicación posible. No hay en el reino de lo humano razones para un hecho que históricamente se inscribe como extranjero a toda moral y ajeno a cualquier norma de civilización.

Se agredió al Estado judío, al pueblo judío, a la sociedad argentina, a la decencia humana. Se erigió en propósito y meta el derramamiento de sangre y la destrucción en sí mismos. Actuó la lógica de la perversidad pura.

De sus terribles garras es posible, sin embargo, extraer algunas lecciones.

Decantado a través de los siglos y milenios, el judaísmo nos enseña a no dejarnos dominar por las re-


glas del enemigo; a ser nosotros mismos, los herederos del Sinai y del Decálogo. Este es el secreto

de nuestra fuerza, la clave del "misterio" de la supervivencia de Israel.

Hay además otra lección que trasciende del ámbito judío y se sitúa en el marco más amplio de la sociedad general: la neutralidad frente al mal es éticamente inadmisibles y prácticamente nefasta y peor todavía es pretender distanciar a la víctima como medio de alejar al victimario. La equidistancia entre agresor y agredido equivale, so pretexto de equilibrar posiciones, al triunfo y legitimación del agresor.

Burke, un pensador más bien conservador de fines del siglo XVIII decía que para el mal se instale en una sociedad sólo se necesita de la indiferencia de las gentes de bien.

El sobresalto y la reacción espontánea de hace un año fueron la contracara del hecho atroz. ¿Se aprendieron también las lecciones?

Queda el dolor inmitigable de las familias judías y no judías enlutadas. Queda el dolor y la rebeldía íntima de toda la comunidad. Queda la imagen del Embajador Shefi enhiesto con la dignidad de Israel sobre el corazón en ruinas ... Queda, después de la desesperación, la esperanza y la fuerza para que el mal no prevalezca. 

Historiador



Hace un año en Buenos Aires


Horacio Salas

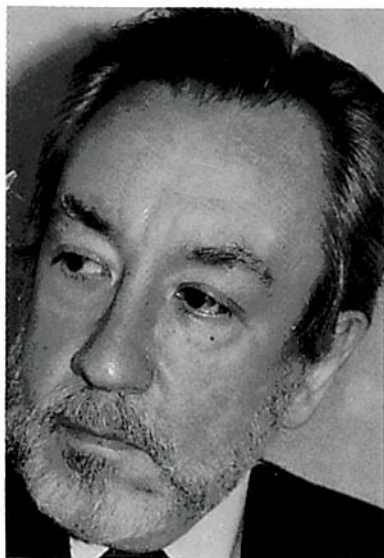
Fue el horror. El impacto de la ferocidad, el desconcierto y el asombro. Luego el show macabro de los medios de comunicación y su falta de respeto por el dolor ajeno. La velocidad del tiempo es excesiva y ha transcurrido un año. Y el suceso, en toda su magnitud, ya comienza a olvidarse.

Quienes pasan por la esquina de Sui-pacha y Arroyo frente a un terreno baldío se han acostumbrado al nuevo paisaje, y aquella explosión que conmovió a Buenos Aires es hoy una fecha más entre las muchas tropelías de la historia. El diario acribillamiento de dramas conmovedores le ha creado al hombre contemporáneo el hábito de convivir con la tragedia, de observar la muerte en las pantallas como si se tratase de ficciones cinematográficas que pueden olvidarse cuando uno apaga el televisor. La tecnología -además- nos ha provisto de la posibilidad de pasar con rapidez de un canal a otro, y el espectador suele mezclar patéticas escenas de hambre en otros continentes o de lejanos compatriotas enfermos de cólera con sofisticados mensajes publicitarios, filmes cómicos con esbeltas y cimbreantes modelos. No hay tiempo de asimilar los impactos de la realidad y despegarlos del mensaje puramente frívolo. Todo pasa al heterogéneo inventario de la memoria, donde la necesidad de olvido hace de las suyas y crea un muro de protección frente a los sucesos del día.

Por ello, a causa de nuestra tendencia a hundir en el pasado las peoras muestras de la barbarie humana, de su cruel ferocidad, y también como una defensa, es imprescindible recordar. Porque aunque uno sepa que la frase nunca más es sólo una ex-

presión de deseos, habrá menos posibilidades de que estas tragedias se repitan si la memoria

ayuda a mantenerse alerta, a no bajar la guardia ante el horror. Hace un año ese horror habitó entre nosotros, nos laceró con su sangrienta inhumanidad, con la despiadada indiscriminación del terrorismo. Olvidarlo es algo peor que indiferencia, es complicidad con la tortura y con la muerte. 



© Ernesto Montecavaro

Escritor

Un
año
después

Convivir en paz y libertad

Jorge R. Vanossi

A un año del vandálico atentado que conmovió y estremeció a los hombres y los pueblos, se torna imprescindible la reiteración del compromiso permanente en defensa del pluralismo y la tolerancia como medios idóneos para lograr una convivencia pacífica en libertad, repudiando una vez más la violencia y el horror que ella engendra.

Es conocida mi profunda simpatía para con el pueblo judío, simpatía que se estrecha por los avatares de sufrimiento e incompreensión que esa comunidad ha debido soportar a lo largo de la historia y que han culminado en el holocausto en este siglo.

Pero, no solamente motivan estas líneas esa relación de empatía, sino que existe en forma subyacente una vinculación que se fundamenta en la circunstancia de ser partícipes de una cultura común.

El Pueblo del Libro, el Pueblo de Dios, es también nuestro pueblo, porque pertenecemos a la civilización judeo-cristiana y, que para muchos, Cristo ha sido la expresión de Dios entre los hombres, en la larga cadena de Profetas del Antiguo Testamento.


Muchas veces, al tomar conciencia del horror del holocausto o del significado de la expulsión de los judíos de España -que por estas fechas se han cumplido los 500 años- me he preguntado qué es lo que hace del judío su "ser" judío y por qué ese "ser" ha suscitado reacciones irracionales, difíciles de entender a la luz de los avances del conocimiento y de la cultura.

Dudo del contenido de la reflexión de Sartre al sostener que el "Ser" judío es el resultado de la existencia del "Otro", pues ella no alcanzaría a explicar el por qué, a través de 2000 años, se ha mantenido la supervivencia como afirmación de un plexo cultural que, en su meollo, contiene un núcleo diferenciador.

Y así las cosas, he llegado a pensar que la presencia del Libro y las reflexiones expuestas acerca de él en el Talmud, configuran la esencia del judaísmo y el aporte de éste a nuestra civilización, dado que la base de ese Libro y del Talmud descansa en el diálogo y este diálogo presupone la comunidad del Yo-Tu.

Esa estructura Yo-Tu, que para Martin Buber constituye la nota fundamental del hombre -quien se desenvuelve en el tiempo y en el espacio, es decir en la historia- es lo que articula la racionalidad más allá del logos greco-latino, pues lo judeo-cristiano ha completado esa racionalidad con la incorporación, como parte de ella, de las emociones y los sentimientos (pathos) que constituyen el lenguaje de los Profetas, apuntando a la estructuración de una sociedad más justa.

Esto es lo que provoca esa reacción irracional, que se ha traducido en la estela de sufrimientos de un pueblo que, a pesar de ello, continúa rezando sus plegarias con alegría, orgulloso de ser portador de la "verdad".

La esperanza primordial de toda la historia se endereza a una auténtica comunidad del género humano; o sea una comunidad de contenido humanitario en todos sus aspectos. Es comunidad de aflicción y, sólo a partir de eso, comunidad de espíritu; es comunidad de esfuerzo y, sólo desde ahí, comunidad de salvación. Buber así lo ha expuesto en su "Camino de Utopía". ¿Será realmente una utopía o podremos alguna vez los hombres convivir en paz y libertad? 

Diputado de la Nación



© Ernesto Montecavaro



Télam

Palabras finales

Itzhak Shefi

Hemos vivido horas de angustia y dolor, como consecuencia del vil atentado perpetrado, hace un año, a la Embajada de Israel en Buenos Aires. Fue alentador, durante esos días, recibir apoyo y afecto del pueblo argentino ante ese criminal acto.

Cuando el odio irracional supera el entendimiento, la unión entre los hombres, que tanto anhelamos un mundo de paz, debe seguir dando una respuesta. Y sé que esa "paz" es posible.

El arma del terrorismo, las operaciones clandestinas, suelen ser "secretas" para sus víctimas. Este obrar, por sorpresa, tiene como factor decisivo el éxito de la violencia. Por momentos parece que el delito no es "matar" sino no informar sobre los objetivos.

Los ciudadanos del mundo debemos ser resguardados. Ejércitos completos se han organizado para el terror. Se dedican a atacar objetivos para desangrarlos.

En rigor de verdad, sociedades democráticas nunca están preparadas para ataques tan abrumadores, como el de aquel 17 de marzo de 1992 a la Embajada de Israel. El factor "locura" juega a su favor. Pocos intentan explicar esa demencia aún cuando entiendo que, en la batalla de mentes y corazones, los terroristas son perdedores.

Todos los hombres compartimos un solo destino. No es hora de aprender a distinguir entre cualquier mortal y su prójimo. Aunque nos expresemos en una pluralidad de idiomas, aunque seamos habitantes en lejanas tierras, aunque tengamos físicos diversos, aunque vivamos en sistemas diferentes y en condiciones de vida que no admiten comparación, nuestro destino es único.

La conciencia de ser co-participes, en los acontecimientos históricos, lleva a la experiencia de hacer saber nuestro dolor. Plegarias, clamor y, también, consuelo están siempre formuladas en plural.

Pero el interés en el desconsuelo expresa sentimientos de obligación. Todos somos responsables mutuamente y, como está escrito, nuestro deber no es sólo "para con nosotros" sino para "nuestros hijos".

Es cierto que muchas veces se han identificado los actos de cada judío con los de Israel. Somos el pueblo que ha tenido más desafíos bajo el sol. O bien es trágico ser judío o bien es sagrado.

El judaísmo es muy estricto en la prohibición de perder el tiem-

Un
año
después

po. Es sensible a la conciencia del "siempre". Cualquier demora es considerada como delito. Esto me hace sentir que hubiese deseado, después de un año, que la situación del atentado estuviese esclarecida, y el Tribunal de la Justicia no tuviera que esperar en su accionar.

Más allá de todos los misterios, hay un sentido en que lo sagrado vence al absurdo. Cada acción cuenta, por pequeña que sea. Cada palabra tiene su poder. Y debemos construir nuestras vidas como si fuera una obra de arte. Se que ha resurgido el prejuicio. Pero, "en una sociedad libre, algunos son culpables pero todos somos responsables".

Como pueblo, somos un árbol. Nosotros somos sus hojas. Nos mantiene vivos el sentirnos adheridos a este tronco. Somos un cuerpo fuerte aunque, una y otra vez, quiebren nuestros retoños. A pesar de todo, la fe permanece incólume por la savia que proviene de nuestras raíces. Gloria y ceniza es nuestra tragedia.

La humanidad fue herida el 17 de marzo de 1992. No importa cuán cerca (o lejos) se estuviera de la calle Arroyo, de Buenos Aires o de la Argentina.

Debemos volver al lenguaje del alma, aquel que pudo unir -en un instante- a grandes y chicos, a jóvenes y ancianos, en una lucha común, removiendo los escombros de la casa caída ... aquella elevada a partir de la conciencia de Nación.

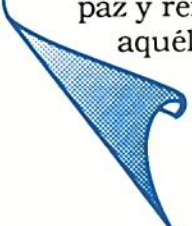
Debemos responder las preguntas últimas, aquellas capaces de cuestionar su esencia y existencia de cada uno de nosotros.

Debemos renovar nuestra fe. Y vivir este hecho como una situación de plena creatividad, donde cada persona coloque mente, voluntad y corazón al servicio de la comprensión y compromiso para con el otro.

No dejaremos que la deferencia se transforme en una estrella fugaz, capaz de llegar y retroceder, para ser olvidada.

Contestaremos a los desafíos. Las respuestas están en todos y cada uno de nosotros. A la pavora provocada por el asombro, de lo que no alcanzamos a comprender, debemos dar expresión. Continuaremos en la búsqueda de la justicia sin venganza.

Tal vez, entre todos los privilegios que los humanos tenemos, nos permitamos la posibilidad de conocer al hombre en toda su grandeza. Demos una nueva dimensión a nuestra existencia transformada en pensamientos y acciones.

Ni todos "los hombres, ni todos los lugares ni todos los tiempos son iguales". Cada uno hará su obra según su capacidad. Amaremos la paz, perseguiremos la paz y renovaremos, a cada momento, nuestra voluntad humana de saber que aquél que aprendió cómo comenzar, sabrá cómo avanzar. 

Embajador de Israel en Argentina

Agradecimientos

- Archivo fotográfico del Centro de Documentación e Información sobre judaísmo argentino "Marc Turkow", A.M.I.A. - Comunidad de Buenos Aires.
- Archivo de prensa y difusión de D.A.I.A. (Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas), Buenos Aires.
- Archivo fotográfico diario "Clarín", Buenos Aires.
- Archivo fotográfico Editorial "Perfil", Buenos Aires.
- Archivo fotográfico diario "La Nación", Buenos Aires.
- Archivo fotográfico del Ministerio de Relaciones Exteriores. Jerusalén.
- Archivo fotográfico del periódico "Mundo Israelita", Buenos Aires.
- Archivo personal Sr. Gregorio Fainguersch, Buenos Aires.
- Archivo personal Dr. Tobías Kamenszain, Buenos Aires.
- Ernesto Monteavaro, fotógrafo. Buenos Aires.
- Marcelo Ranea, fotógrafo. Buenos Aires.
- Archivo fotográfico "Télam", Buenos Aires.

Y a todos y cada uno de los que colaboraron, generosamente, en esta publicación.

En contratapa: foto "La Nación" (archivo)

Diagramación e impresión:

Editorial Ariel

Valentín Virasoro 1515 - (1414) Buenos Aires - Argentina

Tel.: 854-6763